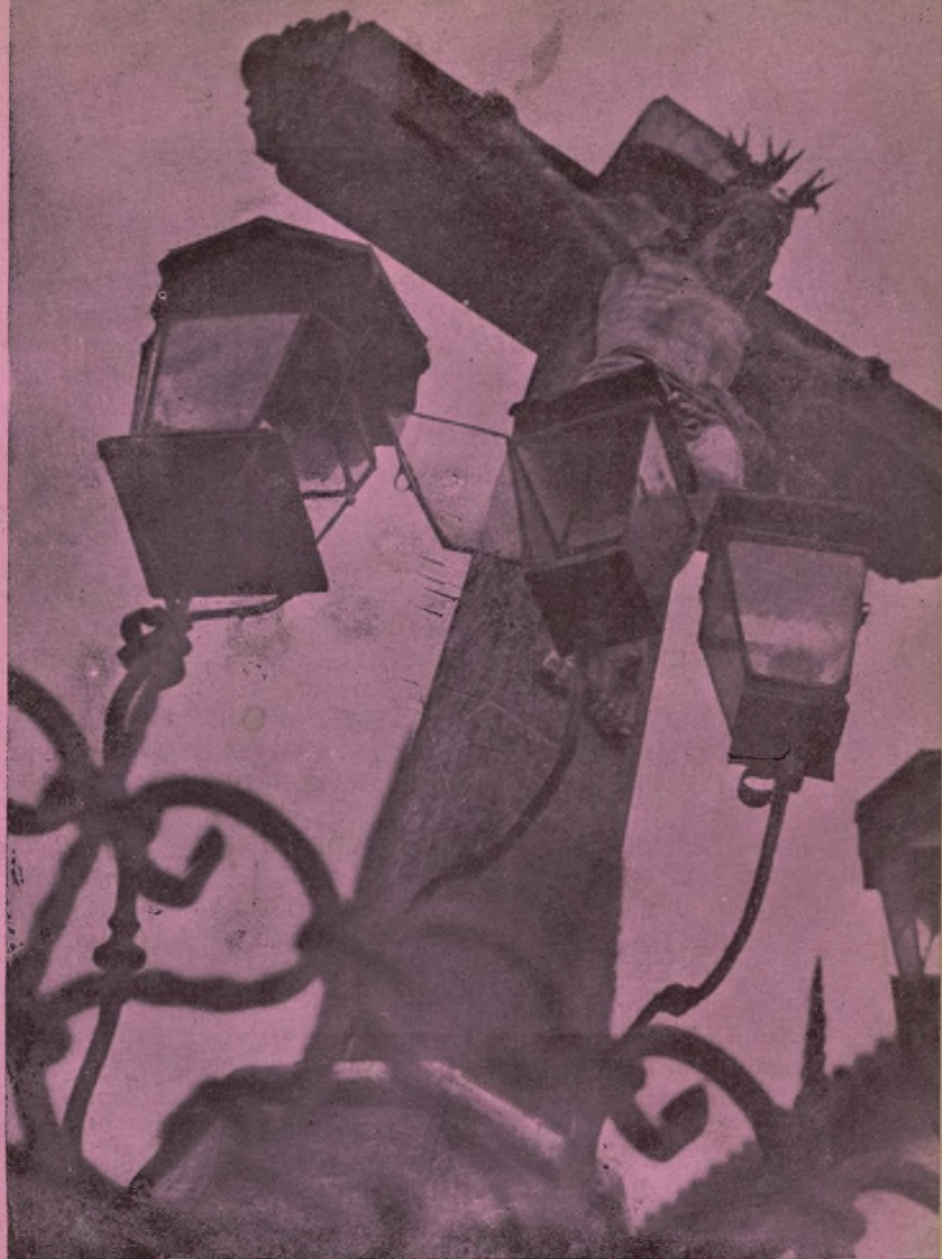


W<sup>o</sup>-23  
751



"Cristo de los Faroles, de Córdoba"

ENRIQUE DEL PINO

# *Calles*

REVISTA LITERARIA

Ayuntamiento de Madrid

RCNTERA

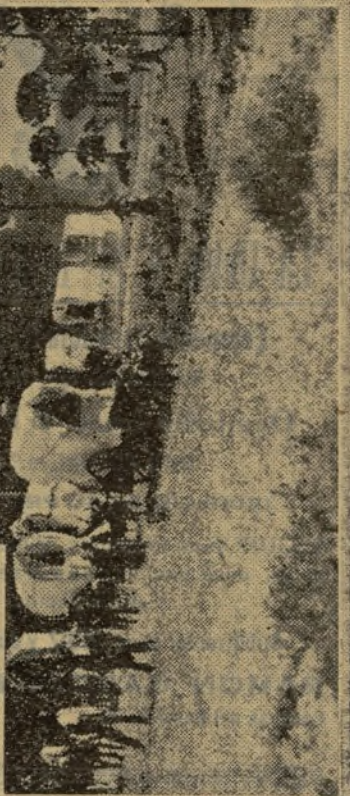
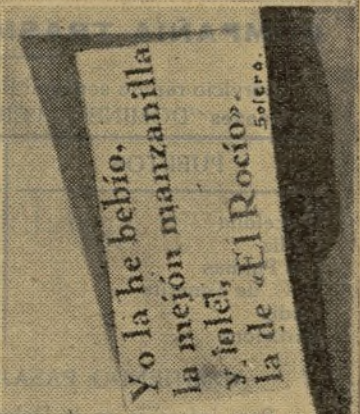
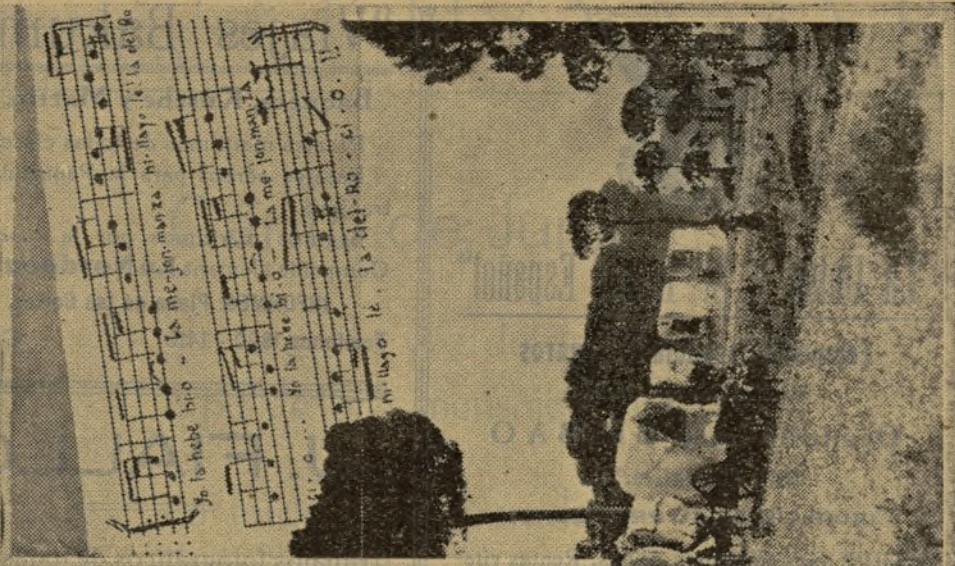
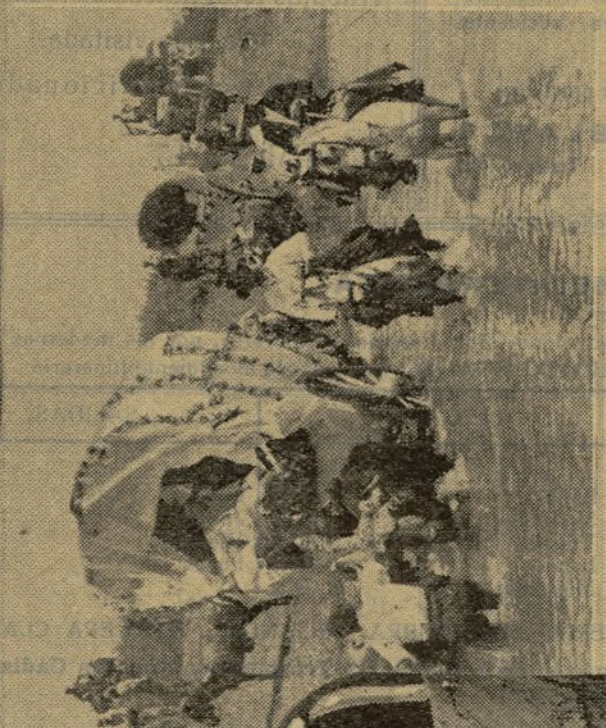
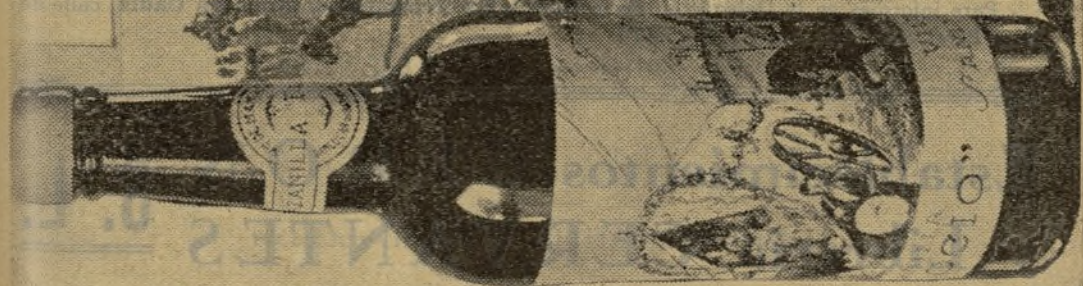


# INDICE

|  |                                    |
|--|------------------------------------|
| Portada: «CRISTO DE LOS FAROLES, DE CÓRDOBA»     | <i>Enrique del Pino.</i>           |
| Nuestra página de honor: CANTO DE JUNIO . . .    | <i>Pedro Pérez Clotet.</i>         |
| Medina del Campo: FESTIVIDAD DE LOS FRUTOS.      | <i>«Cauces».</i>                   |
| DE VUELTA DEL ACCIDENTALISMO . . . . .           | <i>Pedro Montero Galvache.</i>     |
| A BÉCQUER . . . . .                              | <i>Antonio Luis Juliá.</i>         |
| VOZ DESDE LA TIERRA . . . . .                    | <i>Rafael Manzano.</i>             |
| NUEVA CANCIÓN DE AMOR . . . . .                  | <i>Miguel Martínez del Cerro.</i>  |
| CANCIÓN . . . . .                                | <i>Francisco Garfías.</i>          |
| FOTOGRAFÍA DE ARTE. . . . .                      | <i>Enrique del Pino.</i>           |
| «SANTA MARÍA», VARADA . . . . .                  | <i>F. Gómez de Travedo.</i>        |
| (Fotografía de Luis Pérez de Solero)             |                                    |
| ARCO . . . . .                                   | <i>Eugenio Montes.</i>             |
| 8 GLOSAS SOBRE LITA Y SU CONTORNO . . .          | <i>Juan Miranda.</i>               |
| UNA INTRIGA DE LUIS EL SUAVE . . . . .           | <i>José María Pemán.</i>           |
| AURORA DE LAS VELAS (Fotografía) . . . . .       | <i>Enrique del Pino.</i>           |
| Siluetas: EUGENIO MONTES, PRÍNCIPE DE PE-        |                                    |
| RIODISTAS . . . . .                              | <i>Angel Pérez Crespo.</i>         |
| SOMBRA Y PRESENCIA DE DON RAMÓN DEL              |                                    |
| VALLE INCLÁN . . . . .                           | <i>Francisco Montero Galvache.</i> |
| Sombras: «LO REGIONAL», EN ROSALÍA DE CASTRO     | <i>Angel Rodríguez Pascual.</i>    |
| «EPIFANÍA DEL TRABAJO» . . . . .                 | <i>Benjamín Ramos García.</i>      |
| El mejor artículo del mes: ENTENDIMIENTO Y PA-   |                                    |
| SIÓN DE ESPAÑA. . . . .                          | <i>Eugenio Montes.</i>             |
| «NUESTRA ENCUESTA»: Benjamín Ramos García.       |                                    |
| Última sombra romántica: ARTURO FARINELLI .      | <i>Manuel de Montoliu.</i>         |
| CONSIGNA   |                                    |
| Estudios: EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo |                                    |
| Presentación . . . . .                           | <i>Manuel Chacón.</i>              |
| VOZ DE LA REVISTA                                |                                    |
| MI CARMELA. Versión de Villaluenga del Rosario   |                                    |
| (Cádiz). Ilustración musical del maestro Alvarez |                                    |
| Beigbeder . . . . .                              | <i>P. Pérez Clotet.</i>            |
| ANTENA LITERARIA                                 |                                    |
| BIBLIOGRAFÍA. «Horizonte», «Welt Dienst» (Servi- |                                    |
| cio mundial), Frankfurt, Mayo 1939 . . . . .     | <i>Luis de Barja.</i>              |



MANZANILLA "EL ROCÍO" - VDA. DE MANION - SANLUCAR DE BARRAMEDA







## "La Unión y El Fénix Español"

**Compañía Española de Seguros**

FUNDADA EN 1864

**Domicilio legal: BILBAO**

Calle ARENAL, n.º 3.

(EDIFICIO DE SU PROPIEDAD)

SEGUROS de Incendios, Vidas, Rentas vitícolas, cosechas, transportes, accidentes y otros ramos.

Subdirector para CÁDIZ y su provincia:

**RAMÓN GARCÍA BLANCO**

Cánovas del Castillo, 26.

Teléfono 1448

## "Viajes Bakumar"

**Baquera, Kusche y Martín, S. A.**

Pasajes marítimos de todas clases.

Pasajes aéreos para la Península y Extranjero.

Seguros marítimos por la renombrada Compañía alemana **La Norddeutsche.**

INFORMES: Plaza de las Cortes, 15.

Teléfonos 1820 - 1415

**CADIZ**

## J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.

La más visitada.

Taller para aficionados.

Santa María, 15.

**JEREZ**

## COMPañÍA TRASMEDITERRÁNEA

Servicio rápido semanal Barcelona-Cádiz-Canarias y viceversa, por las modernas y lujosas motonaves "DOMINE" y "CIUDAD DE PALMA" con arreglo al siguiente itinerario:

| PUERTOS           | LLEGADAS        | SALIDAS       |
|-------------------|-----------------|---------------|
| Barcelona         |                 | Sábado 12 h.  |
| Cádiz             | Lunes 7 h.      | Lunes 15 h.   |
| Las Palmas        | Miércoles 16 h. | Jueves 24 h.  |
| S. C. de Tenerife | Viernes 7 h.    | Viernes 24 h. |
| Cádiz             | Lunes 9 h.      | Lunes 12 h.   |
| Barcelona         | Miércoles 9 h.  |               |

ADMITIENDO PASAJEROS EN PRIMERA, SEGUNDA Y TERCERA CLASE

Para informes en la Delegación de la **Compañía Trasmediterránea en Cádiz**, calle de Isaac Peral, 25.-Teléfonos 2213 y 2214.

**Establecimientos CERON S. L.**  
**y Librería CERVANTES**

**CADIZ**

Ayuntamiento de Madrid



## Canto de Junio

Ya llegó la voz del trigo  
arpa de oro, mensaje amigo.

La tarde se ha parado;  
se ha parado gozosa  
en el fondo del valle.  
La tarde es la fortuna  
de este amarillo naípe.

Ya llegó la voz del trigo,  
arpa de oro, mensaje amigo.

La tarde es limpia y ancha;  
un ocaso inefable,  
de buen sol, la ilumina.  
La tarde es el perfume  
de esta rosa amarilla.

Ya llegó la voz del trigo,  
arpa de oro, mensaje amigo.



## *Festividad de los frutos*

Toda España se ha ofrecido a Franco, bajo el cielo limpio y alto de Castilla, de la pulpa de Castilla madre y fundadora, señal de caminantes que no saben del cansancio.

Medina del Campo ha vuelto a tener su viejo rango imperial, centro del mundo y corazón de España. Ante sus manos, ungidos de la reciedumbre de las trillas y del olor de las parvas de Agosto, España, toda, más Castilla que nunca lo fuera, ha levantado al Sol, para que Franco sepa la unidad ya realizada, sus corderos, racimos, toros, rosas y naranjas. Un aire terso y fino, mitad alivio y mitad angustia de sed, ha fundido los cánticos de la muchedumbre femenina, sustancia perdurable de la Patria. La fiesta de los frutos ha devuelto a Medina su arquitectura de ciudad ascética; callada y fija, en espera de que se llegue a sus muros, donde la soledad, transfigurada en historia, nos habla, en alto silencio de yugos fundadores, de la Reina inmortal que labrara la unidad de nuestro destino.

Ha sido alegre. Y lo esperábamos así: en formación lisonjera de brazos airosos y gráciles. Ya José Antonio exaltó la unidad que ahora se nos ofrece, como un mármol labrado, puesto al Sol y a la distancia infinita de los surcos.

Y lo diremos siempre: 30 de Mayo del Año de la Victoria. Aquí, ante los muros del Castillo de la Mota, cuando ya la siembra de la juventud estuvo hecha, fué, ante Franco, Adelantado de las Españas, la clara y dulce Festividad de los frutos. En la voz de Pilar Primo de Rivera, alma limpia, como el agua humilde de los arroyos escondidos, que alzó sus ojos a la claridad de la aurora para soñar con las flechas de Isabel de Castilla.

«CAUCES»



## De vuelta del accidentalismo

Esta invocación de Mauriac, a la Francia eterna, a la Francia de acerado y robusto espíritu patriótico, que sabe fundirse en una unidad indisoluble, bajo la jefatura suprema de su hombre del día, en las horas difíciles de sus crisis históricas, no es todavía el canto apasionado al concepto totalitario e integral del Estado, a cuyo triunfo y consolidación asistimos. Ni la noble rectificación de errores que esperamos, a diario, del gran escritor francés.

Novelista de almas atormentadas, que gusta para sus argumentos, de los conflictos sentimentales de encrucijada, Mauriac, lleno de una soberbia muy francesa, sigue creyendo en el sentido conservador de las masas que apoyan a la III República; en la reacción, siempre oportuna, de un pueblo curtido en la experiencia dura de las revoluciones.

Pero esta invocación de Mauriac a la Francia eterna y patriota, encierra un simbolismo, que en su orgullosa inconsciencia, en su soberbia confianza, acaso no haya alcanzado el novelista francés. Porque esa invocación, es la confesión de impotencia del accidentalismo político, basado en la supuesta omnisciencia de las muchedumbres amorfas y gregarias; el reconocimiento, no por implícito, menos elocuente, de que existe *algo*, en el orden moral de verdades objetivas, que escapa al fallo de las consultas electorales; *algo*, que está por encima del capricho de las multitudes soderanas y de la frivolidad de los siglos. *Algo*, en suma, que Dios no ha entregado a las disputas de los hombres: la inviolabilidad de la Ley natural, la sumisión de la voluntad y la inteligencia humanas, a la serie de normas increadas impuestas por Dios mismo; la serena impasibilidad de lo sobrenatural, que el liberalismo desprecia.

Y es cabalmente, ese *algo*, el único lazo que logra la fusión de todos los sectores sociales de un pueblo, en los instantes decisivos de su historia; la reserva tradicional de las naciones que no se improvisan, una de cuyas múltiples manifestaciones—el sentimiento de dignidad racial, de patriotismo, antítesis de las esencias que informan el materialismo político de todos los Frentes Populares—es el fenómeno que a Mauriac entusiasma.

Y es también, precisamente, esa sujeción de los hombres y los pueblos a la interpretación espiritual de la Vida y de la Historia, el fundamento sólido, el cimiento inmovible de la gran corriente contrarrevolucionaria francesa, que inicia De Maistre y Rivarol, y pasando por Louis Veuillot, llega hasta Bainville y Maurras en nuestros días; la caudalosa corriente, a la que inconcebiblemente, resisten Mauriac y los suyos.

Hay un apotegma francés, que traducido, dice así: «combatid lo natural si queréis provocar su reacción.»

A pesar de su desenfrenada política imperialista, de sus escándalos financieros y sus *affaires*, o mejor, gracias a todo eso, vuelven a florecer en los bosques sagrados de Normandía, el ímpetu y la lealtad que encendieron, hace más de cien años, la hoguera romántica de la *chouanerie*; y en Bretaña, Juana de Ar-



co, vuelve a tener altares en corazones aldeanos; mientras en el París legal y decadente, entre el rumor evocador y augusto de las fiestas con que la Sorbona celebra el centenario del Rey Sol y de «Ruy Blas», se alzan áureas rotondas a las cenizas del primer Bonaparte.

«Combatid lo natural, si queréis provocar su reacción»...

Como en España, después de aquella madrugada de julio, teñida de odio infrahumano, de turbia venganza asiática.

Para Jacques Mauriac, novelista de almas atormentadas, que todavía resiste a la espléndida corriente contrarrevolucionaria francesa, nuestra gratitud por esa invocación a la Francia eterna, gala del pensamiento latino.

Y nuestra esperanza, de que un día, de vuelta del accidentalismo político, última modalidad conservadora de la gran revolución cosmopolita, que empieza en el libre-examen, vendrá a luchar junto a los cruzados del Occidente católico.

P e d r o

M O N T E R O

G A L V A C H E

## *A Bécquer*

Noche de plenilunio.

(El alma hería la materia,  
con sus cuchillos de águila de fuego.)

Quiso poblar el aire:

(La daga de azucena de su espíritu,  
se ha tronchado en la cota de su cuerpo.)

Buscó la inmensidad sobre los aires;  
bebió rosa en el jardín del sueño:  
en copas grises  
de atardeceres muertos.

Buscaba la visión entre las sombras...,  
y quedó de su alma para el mundo,  
la dulce voz de su nostalgia  
en el inmenso jazmín del plenilunio.

A n t o n i o   L U I S   J U L I Á

Ayuntamiento de Madrid



## *Voz desde la tierra*

Somos los muertos. Somos los muertos que levantamos  
nuestras voces oscuras desde el centro de la tierra.  
Caímos por la gracia de un ideal, al aire  
le dimos nuestro gesto de amor, no de derrota.  
No se apagó con nosotros la tea. ¡A vosotros, los vivos,  
os pasamos la antorcha!  
Morir es repartirse. Atomos somos hoy  
que corre por la sangre disparada a la diana  
firme de la victoria. Cimientos permanentes  
de la amplia arquitectura alada del triunfo.  
Un olvido en vosotros, todo sería cristales,  
fugitivos cristales frágiles por el suelo.  
Para España seremos viento entre cordelajes,  
rumbo que ejemplarice el mejor sacrificio.  
Ayer éramos álamos. Mas hoy seremos ríos,  
horizontales ríos que muevan las paletas  
de este viejo molino de España, tan amado.  
Por la gloria de la espiga. Por la fe y las canciones  
antiguas nos abrimos, flor al pie del torrente.  
¡Que nuestro perfume llene la gracia del paisaje  
y todo será puro como novia dormida!  
Seremos para España como ala de pájaro  
resbalando en la dulce delicia de la nieve.  
Le daremos nosotros la rectitud al surco,  
la vida a la simiente: aire armonioso y fino  
al trigo y la bandera.  
Si llegase el frío del olvido a una tumba,  
se perdería la ruda cosecha del esfuerzo.  
Todo sería maldito. El ave y la victoria.  
Se apagaría la antorcha sagrada de la Idea.  
Somos los muertos de España que alzamos  
nuestras voces oscuras del centro de la tierra.  
Caer por la gloria de España no es caer. No se apagó  
en nosotros la luz. ¡A vosotros, los vivos,  
os pasamos la antorcha!

R a f a e l      M A N Z A N O

Ayuntamiento de Madrid



## NUEVA CANCIÓN DE AMOR

He aquí la canción nueva que te escribo:

La vida de mi esfuerzo y de mis ansias la quiero en ti;  
yo quiero en ti la fuerza de mi vida.

Yo quiero en ti la mano que me lleve amorosa  
por la senda de amor de mi destino.

Yo quiero en ti la voz que me acompañe  
encendida y tenaz en mi entusiasmo.

De ti quiero en las horas del olvido  
la palabra y el grito del aliento.

Yo quiero en ti los ojos que me alumbren  
con vivos y vibrantes resplandores de fe.

Yo quiero en ti el anhelo de una misión suprema,  
yo quiero en ti el camino de un ideal eterno.

El arranque, la fe, la compañía,  
la fuerza, la constancia, el ideal...  
¡eso yo quiero en ti!

Miguel MARTÍNEZ DEL CERRO

## CANCIÓN

Iba ungido de luna  
y me sorprendió el ALBA.

Quise hacer con estrellas  
un jardín de esperanzas.

Por el balcón del viento  
se arrojó la mañana.

¡Marineros!

¡Recoged ya las anclas!  
El mar donde se duermen  
las estrellas doradas,

es más noble que yo,  
que no tengo en mi alma  
la canción del silencio.

¡Marineros! ¡El ancla!

Iba por la llanura  
y apuntó la mañana.

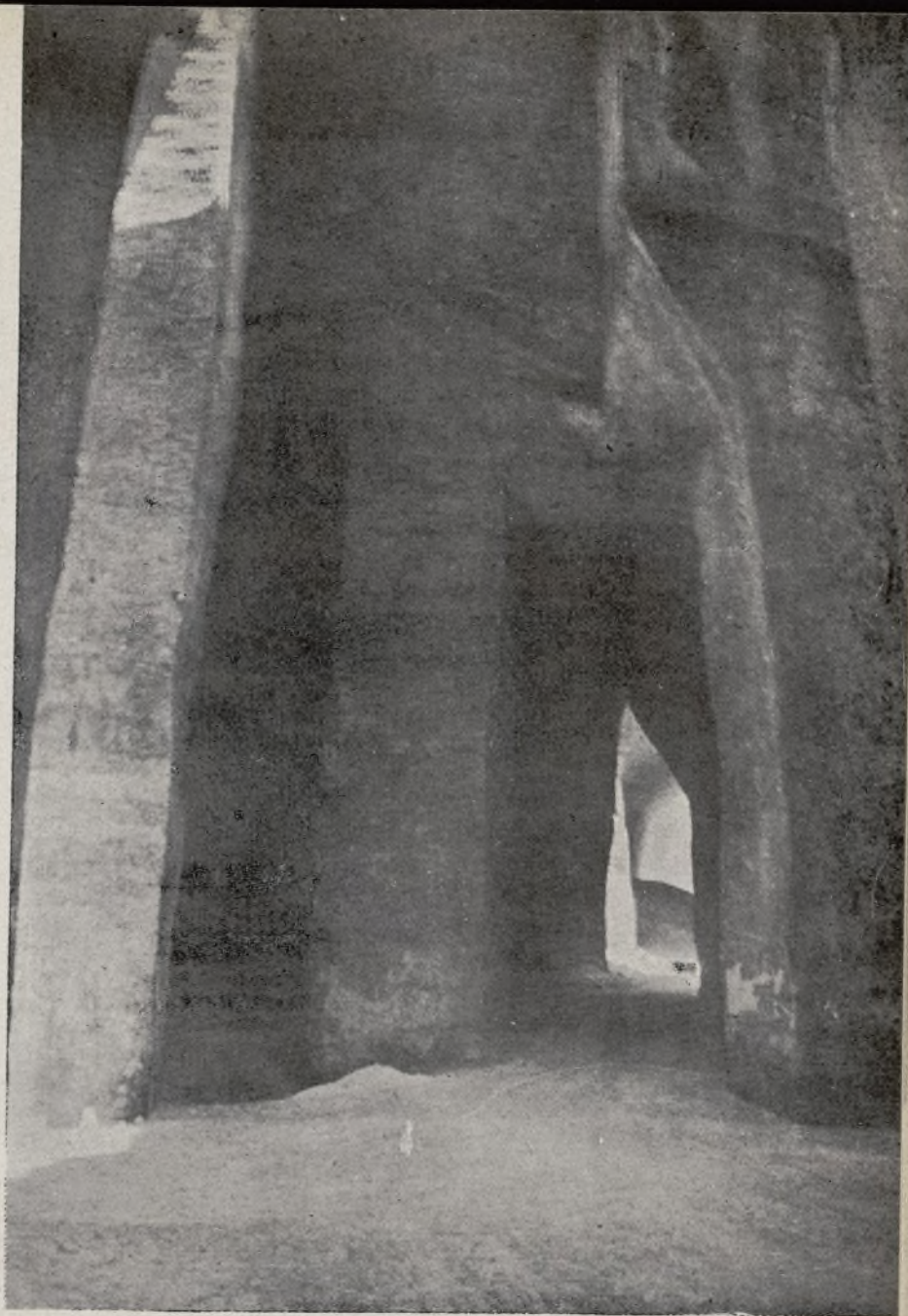
Soy un hombre sin vida.  
Soy un hombre sin ansias.

Iba ungido de luna  
y me sorprendió el ALBA.

F r a n c i s c o      G A R F I A S

Ayuntamiento de Madrid





FOTOGRAFÍA DE ARTE, por Enrique del Pino.



# *“Santa María”, varada*

## 1

Tenía la quilla al sol y los costados negros, florecidos de un musgo verde y suave donde crecían las margaritas como botones de oro.

Era una barca ancha y grande que los hombres destinaron para la pesca, hasta que un día la sacaron del agua para no volver a utilizarla más.

Estando nueva la madera, ágil el timón y tensos los cordeles, nadie se explica por qué la jubilaron.

Se había paseado por todas las rutas, había soportado marejadas duras y temporales fuertes, pero todavía podía resistir muchas más. Amaba el peligro y le gustaba afrontarlo. En el horror de una galerna, manejada por un timonel hábil, se sentía feliz.

Frente a todas sus compañeras de faena, en el honor intacto y profundo de las cosas, «Santa María», llevaba sobre toda su flotilla pesquera, la gallardía de no haber vuelto nunca la espalda al peligro.

Salía las noches en calma, las noches serenas del Mediterráneo constelado de estrellas, y no regresaba nunca hasta la madrugada siguiente.

Si le acompañaba la suerte, en el fondo de la cala las redes traían un magnífico cargamento de plata.

Cuando le sorprendía una borrasca, la afrontaba sin demasiado temor; en un gesto prócer, desdeñoso y sereno, con aquel aire de elegante superioridad que le había creado en la dársena, un ambiente de apasionada antipatía fronterizo con el más perfecto estilo de la envidia.

Potente el casco, el motor y la arboladura, nadie se explica por qué la habían sacado del agua; pero es lo cierto que llevaba muchos años así, encallada en aquel mismo sitio.

En virtud de no sé que orden, unos hombres le alzaron del mar para llevarla al varadero; esto fué lo que se les dijo, pero no lo hicieron. Una pereza árabe, fabulosa, mediterránea, les hizo desistir del propósito y vacilar en mitad del trayecto.

La dejaron en un camino al borde de la playa; ángulo de luz y sol. Tocando por un extremo el mar y recibiendo por el otro la caricia olorosa de la hierba. Disputándose los dos elementos—agua y tierra—en una lucha cósmica y desesperada, donde se ponían en juego resortes de una íntima razón, que no sería nunca la razón fácil de aquellos hombres morenos, que tiraban las redes por la borda.

Tajamar de terciopelo negro al costado de lucecitas verdes. «Santa María» mártir de sequedad infinita, «Santa María» varada.

## 2

En el suplicio de esta lucha interna, en la raya indecisa de la duda: algas o arena, movimiento o reposo, lirio o delfines, agua o tomillo: verde de mar, o verde



de palmeras, «Santa María» vacilaba, dejándose ganar lentamente por aquella voluntad de pereza que emanaba de las cosas a través de los hombres, y sobre todo por el sol; por aquel sol recio, bereber, africano, a cuyos besos largos iba poco a poco entregando su ser, presa en la erótica y dorada cadena, de aquella boca enorme de los cielos ibéricos, cuyos labios eran las tiendas de los beduinos, calientes de cien mil noches de Desierto.

Y en este trance angustioso, en esta sutil lucha entre el marfil de las conchas y el oro de las margaritas; yodo y arcilla, sabor de playa y aliento de sementera, fué cuando descubrió a «Santa María» y la vió por primera vez.

La había mirado muchas veces antes, a diario en los caminos de ir y venir, pero entonces las pupilas resbalando con indiferencia sobre el casco, no habían pasado de la inquisición vulgar de su registro en la Comandancia de Marina: «Santa María». Letra A. Folio cuarto»

Ahora, calando más hondo, había descubierto un símbolo en aquella barca inmóvil en la encrucijada de dos caminos.

«Santa María», era la voluntad que no acierta a decidirse, el tímido que vacila en mitad de la ruta. En resumen, el hombre que no sabe que hacer.

A través de aquellas tablas, en lo alto y en lo bajo de aquellas maderas que se pudrían al sol, había un alma; es decir un secreto, una angustia y una sensibilidad.

Alabó a Dios por este descubrimiento y se abrazó a sus costados, con la santa y ardiente alegría de quien estrecha a un hermano.

«Santa María» y él, estaban solos ante la risa y la fuerza del mundo. Tenían que buscarse y coincidir.

Logrado el encuentro, lo demás vino solo. Dando un rodeo a la gramática, tendré que decir que congeniaron enseguida. Se hicieron amigos. ¿Se dice ahora así? Bien, pues se hicieron amigos, y desde aquel día, ha ido todas, todas las mañanas al costado de sus tablas al aire; a contarle y a que ella le cuente, a charlar silenciosamente a orillas del Mediterráneo tendido.

Las palabras no *importan*, que veintisiete signos del alfabeto no bastan para todas las emociones del alma.

Callando se siente hasta el hálito de la respiración, y a veces en el éxtasis de los labios cerrados anda la clave de la más profunda y exacta de las conversaciones.

### 3

Iniciada aquella extraña amistad, ni una sola mañana dejó de acudir a la cita. «Santa María», le hablaba de sus luchas, de sus razones, de sus angustias; de aquella intensa emoción de sentirse salpicada por la pleamar, las noches en que la bahía silenciosa le mordía en los recuerdos con collares de marfiles de espumas.

El, trenzaba sus confidencias, con íntimas revelaciones que le estaban vedadas fuera de aquel sitio. Le gustaba ofrecerse ante sus ojos, desnudo en la entraña de la psicología, sin máscara, sin prejuicios, sin actitudes falsas: tímido, fracasado, imperfecto, tal como era.

El mundo le veía de otra forma; en lo externo, en lo fácil, en la epidermis, a





Fotografía de LUIS PÉREZ de SOLERO

#### 4

Una mañana, «Santa María» varada, le ofreció la sorpresa de sus entrañas henchidas, donde brillaba el milagro de una fecundidad gloriosa.

En el fondo de la madera, entre el esqueleto de las tablas que fingían vértebras, había nacido alto y airoso como una espada, un lirio que abría su cáliz de púrpura a los cielos azules e intactos del Mediterráneo.

Aquello era la renuncia al mar, por el abrazo caliente de la tierra. La habían ganado definitivamente, el tomillo y la flor, las mariposas blancas y las margaritas de oro. «Santa María», varada, no cambiaría ya nunca, el topacio de la arena por la esmeralda de la hierba fina, ni el beso de las espumas por el aliento de la sementera. Era para siempre de la huerta húmeda y de la carretera seca. Era de los prados y de las viñas, del monte y del barranco, de la plata y de los álamos y del verde de los olivos. Era del ganado y del arroyo claro; era de las abejas y de los molinos.

través de la «pose» y actitud que se había trazado a despecho de su carácter, en una magnífica batalla de nervios, que la voluntad había ganado a la fisiología misma. Las gentes lo veían muy distinto, sólo «Santa María» varada, tenía el perfil auténtico, sólo ella sabía la clave de muchas actitudes raras. Sólo ella poseía de su vida el secreto de la última dimensión.

Y nunca tuvo que arrepentirse de nada.

«Santa María», barca y cofre cerrado, llegó a ser para su corazón, un eco de aquella vida íntima que le arrastraba al mal, por pendientes de cobardías infinitas.

—¿Tú, me comprendes?

—Sí.

Y aquel «sí» de la madera era para su pobre y rota voluntad, la justificación de todas las claudicaciones.



Era Tierra sobre todas las cosas, y como tierra nuestra, más dulce, más exacta, más humana.

—¿Tú apruebas?—le preguntó la barca.

Tuvo la cobardía inmensa de decirle que sí.

## 5

El 18 de Julio los separó una raya de pólvora y gloria en la mejor página de la Historia de España. La guerra puso entre sus diarias visitas, la reja de plata de una fila de bayonetas de Imperio.

Ya no le era posible como antes acudir a las playas.

Tenía ante sus ojos militarizados, otro clima y otra geografía. Algeciras quedaba a muchos kilómetros de distancia; a tantos que pensar en el diálogo con «Santa María» era como soñar con la Luna, hecha eucaristía de marfil en el cristal de un arroyo.

Sólo había por caminos de sangre, un modo y un medio decoroso de justificar el regreso. Y ese medio en la boca siniestra de un fusil, no podía ser más que una dentellada de plomo.

Lo hirieron en un relevo de guardia, sin saber cómo; de una forma tan simple, tan apagada y tan sencilla que él mismo no acabó de enterarse del todo, hasta que el caquí de la guerrera se la tiñó de escarlata; coral en los bordes de aquella herida negra y honda que sangraba rubies.

El resto, ni siquiera puede llamarse literatura.

Badajoz-Algeciras en un tren hospital.

Por el cristal de las ventanillas entra el aire salado de la costa, impregnado de efluvios de las playas.

Cal blanca, arena fina; las palmeras

En un claro de luna, su barca rediviva: «Santa María» varada, «Santa María» del mar.

¿Lo tendría en la memoria?

## 6

En cuanto pudo lo primero que hizo fué bajar a la arena; mejor dicho, a la raya de flores y arena donde estaba «Santa María», varada.

Con gran asombro suyo la barca no se encontraba allí: flotaba en el agua. La habían lanzado otra vez a las faenas del mar, y allí estaba con su casco recién pintado, nuevecito, y las redes secándose por la borda.

No le importaba la humedad en los pies.

Se acercó a la barca y la abrazó: «Santa María», ¿cómo ha sido?

Sintió estremecerse el casco en un afán sin lágrimas y que la barca lloraba.

Arriba en la cubierta, indiferentes a este drama de sensibilidad enfermiza, unos marinos recios, saludaban al toque de oración brazo en alto. Y aquel signo de la nueva Era, lo explicaba ya todo.

«Santa María» varada, era el símbolo derrotista de la pereza que se quería vencer. Era la postura estática, fabulosa y cobarde de un pueblo que se tumba de espalda en la arena de una indiferencia suicida.



Había que sacudir el marasmo, excitar la ambición, poner de pie en afanes verticales de gloria las mejores energías de una raza, y para eso era preciso vencer a la horizontal que nos estaba ganando.

Era imprescindible a toda costa sacudir las fibras de una historia de oro y despertar a la nación con un grito, sobrio, viril y enérgico: ¡Levántate, España, Arriba!

Arriba por todos los caminos: arriba por el aire y por los campos; arriba por el monte y la llanura; arriba por los ríos y por las minas, y por el Mar también. ¿Lo entiendes tú, «Santa María»?

Anda, ve al mar y sigue tu camino. El mar es tu gloria, tu calvario, tu signo; para el mar te construyeron y sin él no existirías siquiera. Compréndelo, en ti la tierra era una cobardía; allí eras leña muerta, nido de polvo, madera seca: cosa inútil.

Aquí en el agua, en lo tuyo, en tu elemento, tienes la excelsa misión de un servicio: trabajos y jornales. Altar y plegaria a los que llevas y a los que te esperan. El pan nuestro de todos los que lo ganan. El Pan nuestro de cada día.

¿Comprendes? Cruz y raya en el egoísmo.

Es necesario empezar de nuevo. Hay que vivir una vida dura, profunda y limpia. A mí ya me faltan las fuerzas, pero tú puedes, «Santa María», tú sí puedes. Tu mismo nombre al costado del viento es un pregón glorioso de carabelas heráldicas. No reniegues, pues, nunca más de tu sino, ni de tí misma.

He aquí mi último consejo. Vuelve al mar y vuelve contenta. Y si algún día consigues ver a Jesús en la infinita serenidad de las aguas, pídele por los tímidos, por los cobardes, por los vencidos, por los que no llegan, por los que se quedan en el camino, a la mitad de las cosas. Por nosotros también, «Santa María» varada, que nos está haciendo a los dos mucha falta, a tí y a mí que Dios nos perdone.

Francisco GÓMEZ DE TRAVECEDO

## ARCO

“Las gentes de las ciudades han aprendido cuánto de cariño y de amparo tiene el fuego de un hogar en las soledades; cuánto de acogedora, una casa labriega en Valmojado o Talavera de la Reina, y cuánta honradez hay en esas sábanas de lino de una cama labradora de roble, donde entre tal sencillez y tal blancura, uno siente el rubor de ser complicado y no ser bueno.”

EUGENIO MONTES



## 8 glosas sobre Lita y su contorno

1

Lita—todo el mundo lo decía—era «rara», muy «rara».

Muy pequeña era aún cuando se enamoró desesperadamente de un tambor de granaderos. El tambor tenía dos anchos círculos rosados en las mejillas y una faz aniñada, de pajecillo medioeval. Y se doblaba—diez vueltas de una cuerda—con absoluta seriedad, erguido sobre su peana de madera en la que unos brochazos verdes y amarillos simbolizaban prado húmedo y vellonita tierna.

2

¿Os extrañáis...?

Pero Lita hacía muchas cosas más sin sentido. Tales como abstraerse largamente, llorar sin fundamento, alegrarse desmedidamente por motivos difícilmente comprensibles.

Hablar con las estrellas, coleccionar luz de luna, recoger conchas por la playa. Especialmente aquellas surcadas por esa estría sanguinolenta, que las enlazaba irremediamente a lejanas historias de galeones, palmeras y piratas.

3

El mundo de Lita se reducía a una playa, pequeña, pero finamente dibujada, dos o tres kilómetros de monte bajo, y una porción de mar muy azul y casi litúrgico.

El mundo interior de Lita en cambio era mucho más dilatado y semejaba a un caballo brioso de largas crines velazqueñas, que le transportara a regiones fabulosas.

La arena de la playa, única tal vez. De noche, con la luna por supuesto, alcanzaba fácilmente una apariencia de oro en polvo.

Con la ventaja de ser indispensable el encanto de la noche, de la luna, para operarse el milagro. Y lección contenida e inefable, la de poder tomarse arena nuevamente tan pronto se acercara la frontera sutil del ruido y los afanes.

4

Lo más tierno de aquella playita, custodiada de orgullosas pitas reales, residía en el riachuelo que la partía en dos. Con el viento, el río cambiaba de contorno, veíase obligado a un éxodo jubiloso por entre piedras y matojos. De vez en cuando la succión de las arenas ávidas lo desecaba casi por completo, o se humillaba de pajas, tapones de cerveza y llaves de conservas. Tal cual vez una enorme bota emprendía una orgullosa navegación, botada Dios sabe dónde, y encallaba sin pena ni gloria entre dos piedras del lecho.

Lita era la única amiga del río humilde al que ni siquiera rendían el homenaje de un puentecillo de tablas y listones. El la confesaba su pobre vida fracasada sin reparar en su papel único, de belleza incomprendida.

En el verano, las estrellas, de un azul casi violáceo, acudían diariamente a la cita que conjuntamente les ofrecían una niña y el río.

Daban la sensación de pequeños hidroplanos que trajesen a su bordo astrales embajadores, plenipotenciarios de reinos de madrugada, estados de tres horas de noche.

Lita intentaba apresarlos en aquellos sus deliquios nocturnos tan frecuentes, cuando su buena amiga taladraba los cristales de su ventana y daba a las latas de atún de los geráneos lívidos de plantas chupadoras en recipientes irreales.

Nadie se daba cuenta de aquellos conjuros intuídos, de aquella liturgia reciennacida de Lita, las estrellas y una cinta llena de rumores.

Lita se ponía su hermoso vestido de un rojo intenso, calenturiento. y así era la perfecta sa-



cerdotisa. Claro que no lo sabía, como tampoco el que aquel centenar de blancas florecillas estampadas, dominaba el trágico cromatismo del percal,  
¡Litaaaaa...!

Sí; pero no había que asustarse. La llamaba el viento desde la Torre del Fraile, allá lejos, en un paisaje triple de velloritos, zarzamoras y oropéndolas.

## 5

Lita tenía unos ojos claros, singulares. El iris, a impulso de la emoción o de la ira solía adoptar contracciones felinas, pujantes de «hondura» y de nervios.

Pudieran tal vez parecerse a la pulpa de la uva blanca, surcada de diminutos canalillos. O, a ese color—bruñido—de los canales belgas y holandeses que contemplamos en los lienzos de los flamencos primitivos.

O, mejor; a la chapita que bajo la peana del tambor de granaderos cantaba un nombre y lo tañía en flauta de cristal:

«Juguetes. Manufacturas de Turingia.»

## 6

Hemos hablado de la cita de una niña, veinte o treinta estrellas y una corriente perezosa.

Lita introducía la mano en el agua para tocarlas. No hacía ¡horror! como los piratas cojos de los cuentos. Era tibia ya, casi lustral en las horas tiernas del día nuevo. Pero ocurría muchas veces que algún rano se sumergía, o, asustados, hendían algún gubión o alguna mojarilla aquellas apariencias submarinas.

Lita abría entonces desmesuradamente las grises interrogaciones de sus ojos.

## 7

Llevarle a un gato raquítico y pelado «Tony» es por sí cosa corriente. Como tener un gato. Hay diez mil gatos raquíticos y pelones que ostentan desmayadamente estas dos sílabas.

Lo que ya no es tan corriente es el que una niña ponga en un cliché el amor que Lita en su «Tony» y que en realidad ponía en todo cuanto hendía por primera vez los umbrales de su mundo.

Se lo regaló un carabinero que hacía la línea por allí cerca.

Luchaba sin esperanzas contra las olas, y las pupilas tenían ya izadas dos banderitas con el último maullido licuoso, con el último parte de socorro al almirantazgo de los gatos.

A Lita le gustó. Quizá por lo feo, por lo cuellilargo, por lo grotesco de su rabo, donde se contaban las vértebras.

Y, como un Arcángel de las Denominaciones, combatió con la hidra que pretendía—definitivamente—frustrar aquella vida de un rudo zapatazo, incrustar en el cráneo diminuto un poco de alquitrán, robado por las suelas a la máquina apisonadora, ruda y chata, ignorante del vuelo del espíritu.

## 8

Lita—todo el mundo lo decía—era «rara», muy «rara».

¿Por qué dialogaba—estáticamente—con las luces?

¿Por qué perseguía la zarabanda alucinada de las sombras?

Sin tender un puente entre dos pausas henchidas y graves, Lita era sencillamente la elocuencia. Aquellas pausas decían «tanto» y tan «hondo» como veinte siglos de alfabeto.

Cantando mudamente. Rumando el secreto inmutable de «aquello», al que, en servicio, son debidas las mejores páginas de César Franck.

J u a n M I R A N D A

Playa de Getares.

Ayuntamiento de Madrid



# Una intriga de Luis El Suave

## I

(Noche de baile en el palacio del príncipe Luis de Bretonia. Un rincón del jardín, oculto entre tamarindos y laureles. Todo el jardín está estrellado de bombillas eléctricas. Sólo aquel rincón permanece en una discreta semiobscuridad. Es el escondite de las conspiraciones diplomáticas... A lo lejos, música de violoncelos y laúdes.

Bretonia es un país que no existe. Se vive en él entre fiestas y danzas; reina una fácil alegría; las mujeres son dulces; los hombres, bondadosos... En fin: ya os digo que es un país que no existe.

Están en aquel escondite los dos embajadores de Gronlandia y el príncipe Luis de Bretonia. Hablan bajo. Conspiran.)

EMBAJADOR 1.º Príncipe, ¿visteis a nuestra princesa Silvia, reina de Gronlandia? (Al nombrarla se inclina hasta el suelo.)

EMBAJADOR 2.º (Haciendo igual reverencia.) ¿Tuvisteis tan gran fortuna?

EL PRÍNCIPE. ¡Oh, alzad, mis buenos amigos! Podéis arrugar vuestras casacas. Y, por otra parte, la princesa no os ve, y esas reverencias no os pueden valer nada. Hablemos como buenos amigos. ¿Qué deseáis de mí?

EMBAJADOR 1.º Habrá notado Vuestra Gracia que nuestra princesa Silvia de Gronlandia tiene los cabellos como hebras de sol, y los ojos, azules como un lago de ensueño.

EMBAJADOR 2.º Sus mejillas son como rosas suaves.

EL PRÍNCIPE. Sol, lagos, rosas... Decís, pues, que a Gronlandia le convendría que yo me casase con la princesa Silvia.

LOS DOS EMBAJADORES. (A una voz.) ¡Oh, príncipe...! ¡Vuestra Gracia habla con una desnudez...!

EL PRÍNCIPE. Traduzco únicamente. ¿Os asustan en las palabras ajenas los pensamientos vuestros? No, queridos amigos. (Saca su reloj y adelanta sus manecillas.) Ea, ya ha pasado un cuarto de hora. El cuarto de hora de las rosas y del amor. Hablemos de nuestro negocio.

EMBAJADOR 1.º ¡Oh! Vuestra Gracia es un admirable estadista. Hablaré claro, pues. Sí; ya sabéis que Gronlandia desea fervientemente que su princesa Silvia tome por esposo a Vuestra Gracia. Creo que a Vuestra Gracia le conviene también la unión con la princesa. Ya conocéis sus dotes.

EL PRÍNCIPE. En plural, sí. En singular, aún no.

EMBAJADOR 1.º ¿Su dote? Un millón de coronas gronlandesas.

EL PRÍNCIPE. Es barato. Ya debéis comprender que nuestro oficio ha encarecido desde la invención de los anarquistas.

EMBAJADOR 2.º ¡Oh, Vuestra Gracia habla en bromal

EL PRÍNCIPE. Sí: ese es el nombre que hemos convenido en dar a las verdades que necesitan vestirse de pierrot para andar por el mundo. Continuad.

EMBAJADOR 1.º Esta alianza es de una gran perspicacia diplomática. Gronlandia y Bretonia tienen un vecino común: Eslavonia. Unidos nuestros pueblos, fácilmente podrán declararle la guerra y apoderarse de él. Ya sabéis que son herejes y que en su himno hay frases desagradables para nuestro honor nacional. Es *casus belli*. Además, tienen excelentes yacimientos de carbón.

EL PRÍNCIPE. Eso último es imperdonable. Pero ¿no pensáis que pudieran llamarnos *usurpadores*?



EMBAJADOR 1.º ¡Oh, ese escrúpulo demuestra la rectitud de Vuestra Gracia! Perded cuidado. Venceremos. A los que vencen nunca se les llama usurpadores. Acceded al enlace. No perdáis esta ocasión de llevar vuestro pueblo al triunfo y a la gloria. Eso es lo que más vale en el mundo.

EL PRÍNCIPE. Sin embargo, ahora ha abaratado...

EMBAJADOR 1.º ¿La gloria?

EL PRÍNCIPE. ¡Ah! Perdonad... Creí que hablábais del carbón.

EMBAJADOR 1.º Decidíos, príncipe. Será un enlace feliz y una guerra gloriosa. Dios está con nosotros. Eslavonia será vuestra. Mataremos a todos los eslavonios y en su ciudad elevaremos un templo a nuestro patrono San Hilarión. Decidíos. El amor puede hacerlo todo. La princesa Silvia pasea en estos instantes por la rosaleda; si queréis, puedo darle una cita de vuestra parte.

EL PRÍNCIPE. Aún no. He de meditarlo. Dentro de una media hora quizás os dé la contestación... Ahora, cada uno por nuestro lado, salgamos de este escondite a la luz de la fiesta. Allí ya podéis volver a hablar de los cabellos de sol y de las mejillas de rosa de vuestra princesa. Aquí, querido embajador, era una tontería...

*(Salen cada uno por su lado hacia el jardín en fiesta. El escondite de los tamarindos y los laureles queda desierto. A lo lejos sigue oyéndose la música de los violoncelos y los laúdes.)*

## II

*(Unos instantes después. En el mismo escondite. Llega el príncipe acompañado de los embajadores de Eslavonia. Hablan bajo. Conspiran.)*

EMBAJADOR 1.º ¡Hermosa fiesta! Las luces parecen estrellas caídas del cielo; la música parece un canto de hadas; el esplanque, un lago encantado; las damas, ángeles...

EL PRÍNCIPE. *(Interrumpiéndole.)* Vamos, queréis decir que nada parece lo que es. Abreviad.

EMBAJADOR 1.º Quería decir que esta fiesta que honra vuestro buen gusto...

EL PRÍNCIPE. ¿Honra? ¿Buen gusto...? Querido embajador, dígame lo que desea de mí.

EMBAJADOR 1.º Puesto que Vuestra Gracia lo manda. ¿Habéis visto a nuestra princesa Laura de Eslavonia?

EL PRÍNCIPE. La he visto.

EMBAJADOR 1.º Tiene el cabello...

EL PRÍNCIPE. Ya digo que la he visto. Hablad claro, embajador. Estamos solos.

EMBAJADOR 2.º Señor, hablaré claramente: nuestro pueblo desea con fervor vuestro enlace con nuestra princesa Laura de Eslavonia.

EL PRÍNCIPE. ¿Vuestro pueblo?

EMBAJADOR 2.º Sí. En Eslavonia todo lo quiere el pueblo. Tenemos régimen popular. Los jornaleros, por indicación de sus amos, han elegido unos procuradores. Estos, congregados en un saloncito, han designado un presidente. Este, a su vez, ha escogido, entre sus amigos, a uno para que sea ministro de Relaciones exteriores. Este, por su parte, ha pensado que sería conveniente que Vuestra Gracia casase con la princesa Laura. Ya ve Vuestra Gracia que, en definitiva, es el pueblo quien lo quiere.

EL PRÍNCIPE. Sí; ya lo veo.

EMBAJADOR 2.º Además, hace pocos días, en un acto popular, el ministro de Relaciones, al final de un discurso, habló discretamente del enlace del cuervo con el avestruz. Ya sabéis que estos pájaros designan a nuestros pueblos en la fauna heráldica; pues bien: al terminar el párrafo, el ministro levantó la mano



derecha, y con la izquierda golpeó fuertemente la mesa. El pueblo aplaudió calurosamente, mientras el ministro sorbía un bichito de agua. Creo que estos síntomas son definitivos.

EL PRÍNCIPE. Desde luego. Sin embargo, habría que pensarlo: la casa de Eslavonia tiene en su escudo una barra de bastardía.

EMBAJADOR 2.º ¡Oh, no hagáis caso! No olvidará Vuestra Gracia que el puño que luce uno de vuestros cuarteles fué el que empleó vuestro abuelo Juan, el Honrado, para quitarle el trono a su tío. El éxito lo ennoblece todo, y con el tiempo, cualquier herramienta puede convertirse en emblema heráldico. No tengáis escrúpulos... ¡La bastardía es una noble irregularidad!

EMBAJADOR 1.º Además, príncipe, esta alianza conviene mucho para el bien de nuestros Estados. Eslavonia y Bretonia tienen un vecino común: Gronlandia. Unidos podrían destruirle. Son gente incivil y despreciadores de nuestro honor nacional, de nuestra bandera, de nuestro...

EL PRÍNCIPE. (*Interrumpiéndole.*) ¿De qué son sus minas?

EMBAJADOR 1.º ¡Oh, de hierro! ¡Estáis en todo!

EL PRÍNCIPE. Pero no habría motivo para esa guerra.

EMBAJADOR 1.º ¡A cada instante los encontraréis, por Dios! Ahora mismo, la princesa Silvia de Gronlandia me acaba de despreciar un bombón.

EL PRÍNCIPE. *Casus belli.*

EMBAJADOR 1.º Justo. Veo que conoce Vuestra Gracia la importancia que adquieren las cosas diciéndolas en latín. No despreciéis esta ocasión de llevar vuestro pueblo a la victoria. Dios está con nosotros.

EL PRÍNCIPE. ¿También?

EMBAJADOR 1.º ¿Cómo?

EL PRÍNCIPE. No, nada.

EMBAJADOR 1.º No lo dudéis: sería una victoria segura. Nuestra dulce princesa organizaría bailes en honor de los heridos. Ella sabe hacerlo prodigiosamente. El último en bien de los sordomudos fué fascinador. Sólo el traje de la princesa costó siete mil marcos. Fué un gran éxito. Dos mil marcos quedaron libres para los sordomudos. Además, nuestra dulce princesa tiene ya buscada en sus jardines una linda plazoleta de rosas donde lucirá mucho el monumento al soldado desconocido.

EL PRÍNCIPE. Bien. Lo pensaré. Dentro de pocos momentos tendréis la contestación. Ahora, salgamos, cada uno por nuestra parte, a la luz.

EMBAJADOR 1.º No lo olvidéis. Gronlandia será vuestra. El amor lo puede todo. (*Salen los embajadores. Silencio. A lo lejos, la música.*)

EL PRÍNCIPE. (*Sólo, sonriendo enigmáticamente.*) ¡El amor lo puede todo...! Bien; pero quizá lo pueda más fácilmente el odio. Ensayemos. (*Sale.*)

.....

### III

(*Unos instantes después. Otro rincón del jardín. El príncipe, que entra cautelosamente, y el embajador 1.º de Gronlandia.*)

EL PRÍNCIPE. Embajador, decid a la princesa Silvia de Gronlandia que cuando oiga tocar a la orquesta la *Serenata romántica* acuda a la rosaleda de Cupido. Es una cita de amores. Al fin me decido al enlace...

EMBAJADOR 1.º ¡Oh, admirable! ¡Obtendré una cruz! Voy a dar tan dulce aviso. Cuidad, príncipe, que la princesa es muy sensible y se desmayará. ¿Queréis que esté yo a la vista, entre los tamarindos, y corte, para mayor efecto, en un momento indicado, el fluido eléctrico?

EL PRÍNCIPE. No, querido embajador. No cortéis el fluido... ni estéis a la vista entre los tamarindos. (*Salen.*)

.....



#### IV

*(En seguida. Otro rincón esquivo. El embajador 1.º de Eslavonia y el príncipe, que entra con misterio.)*

EL PRÍNCIPE. Querido embajador, decid a la princesa Laura que la espero en la rosaleda de Cupido, cuando oiga tocar la *Serenata romántica*. Me decido al enlace...

EMBAJADOR 1.º ¡Oh, feliz de mí! ¡No me olvide Vuestra Gracia en sus mercedes! Corro a dar la cita. Las fiestas de la Boda serán famosas. Preveniré a nuestro poeta áulico. Seguramente en su epitalamio os llamará *enamorado*, si necesita esas cinco sílabas para redondear un verso.

*.....*  
*(Minutos después. La rosaleda de Cupido. Media luz. Flores. Un cupido de alabastro. Silencio.)*

*Suena a lo lejos dulcemente la Serenata romántica. De un lado y de otro, pisando suavemente, entran la princesa Silvia y la princesa Laura. Vienen con la vista baja y suficientemente ruborizadas, como quienes acuden a una cita de amor. Se encuentran en el centro. Chocan. Y dicen: ¡Ah! Sabido es que en todos los momentos críticos se dice ¡Ah! El siguiente diálogo es rápido, nervioso, y las pueden atribuirse a una u otra princesa indistintamente):*

—¡Infame! ¡Traidora! ¡Me espiabas; yo estaba citada por el príncipe Luis!—Mientes; a mí me citó! ¡Tú eres la espía! ¡El príncipe me ama!—¡Es amí a quien adora! *(Varias palabras fuertes, impropias de princesas, y, al fin, solemnemente):*

LA PRINCESA SILVIA. Os declaro la guerra. Eslavonia será destruída.

LA PRINCESA LAURA. Entraré a saco en vuestras tierras. Gronlandia será deshecha.

#### EPÍLOGO

*(Han pasado siglos. Un cuarto de casa de huéspedes. Un estudiante, ráscándose la cabeza, estudia su texto de Historia. Lee en alta voz, con sonsonete de escuela):*

En el siglo que estudiamos, Gronlandia y Eslavonia sostuvieron una guerra cruel y pertinaz. Una vieja leyenda atribuye la causa de esta guerra a una rivalidad amorosa surgida entre sus reinas, las princesas Silvia y Laura. Pero, naturalmente, esto no puede admitirse en una Historia seria, como la presente; aquella guerra, como todas, provendría de mil causas geográficas, políticas, étnicas y climatológicas. Sin embargo, guerra de mujeres celosas parece, por lo encarnizada y pertinaz que fué: Gronlandia y Eslavonia quedaron completamente debilitadas y exangües.

Aprovechando aquel mutuo decaimiento de sus dos naciones vecinas, el príncipe Luis de Bretonia, fronterizo de ambas, se apoderó de las dos con toda facilidad, y se incautó de sus minas de carbón y de hierro, respectivamente. Es también vieja leyenda, sin que se haya comprobado, que el príncipe provocó de intento aquella conflagración de sus dos vecinas para que mutuamente se destrozasen. Dicen que por este hermoso rasgo de hábil político es por lo que es conocido en la Historia con el nombre de Luis el *Suave*.

J o s é            M A R Í A            P E M Á N

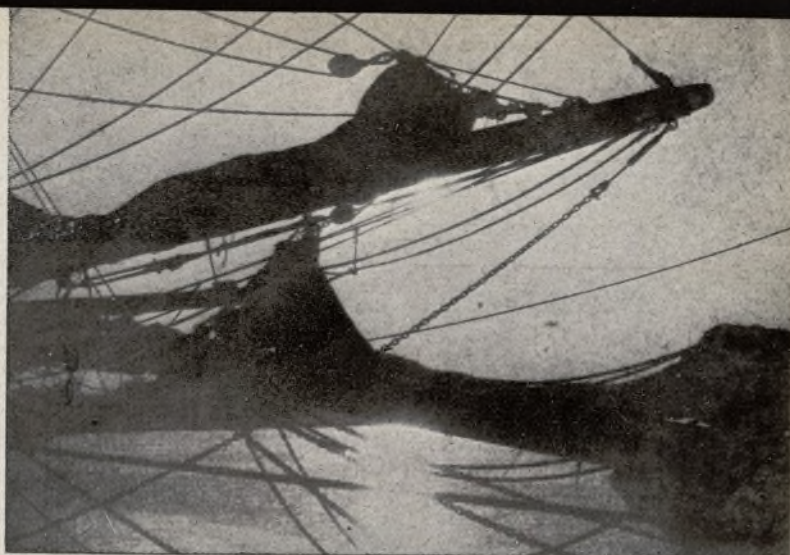
Ayuntamiento de Madrid



AURORA

de las

VELAS



E. del Pino

SILUETAS

## Eugenio Montes, príncipe de periodistas

Este Eugenio Montes, es algo maravilloso. ¡Qué bien conoce el Imperio de la ley divina, y los valores de la raza y de la sangre! Es un místico, y un «científico» de la verdad, de las ciencias, el arte y la poesía en prosa del espíritu. ¡Con qué unción lógica y espiritualista borda párrafos insuperables cuando escribel El se hace la pregunta matemática y él mismo sabe darse—y darnos—la respuesta exacta metafísica.

El conoce los pueblos y los temperamentos. Y juzga del carácter, de la bravura y del arrojo, de las naciones y de los individuos. Eugenio Montes es un estupendo profesor de filosofía, y un escritor de gran cultura y vehemencia. Católico, español y excelente pedagogo del derecho, de la Iglesia, de Roma y de la Mitología. Es uno de los nuevos profetas de España, un adivino, una esfinge que habla y nos deleita y subyuga, hablando de lo celeste y de lo justo.

Conoce la esencia de todos los fenómenos revolucionarios.

Es uno de los mejores periodistas, didáctico y político.

Tiene una idea clara de Castilla, «tierra de cantos y de Santos, tierra seca y católica, de acueductos y concilios», de amor, de epopeyas y de nobleza seráfica y castrense.

El, creyendo, fía en Dios y en su idolatrada Patria, y vence sobrada y magistralmente a los filósofos de mayor renombre.

España exclama: Es un imperio misional, de honor y de vida.

Montes sabe vencer con su doctrina las soberbias, las concupiscencias y las furias de la civilización bárbara comunista.

Eugenio Montes, con la pluma y sus ideas, gana la batalla a Rusia materialista e infernal.

Y ante la razón, no hay coraje que valga.

Por todo esto, es príncipe de la inteligencia.

Por la fe y la justicia. ¡Arriba España!

A n g e l      P É R E Z      C R E S P O

Ayuntamiento de Madrid



# Sombra y presencia

de Don

Ramón  
del Valle Inclán

«Cauces» rasgó la primera negrura del Velo. Adriano del Valle, en estas claras columnas de ESPAÑA, encendió la lámpara romana de su álbum recordatorio, y fué ante nosotros, barbada y puntiaguda, como una aparición, la egregia y paternal figura de don Ramón María del Valle Inclán, «Opera omnie» con grecas y escudos, con capitel tipográfico de tintas embrumadas, con insistencia de «este que véis aquí». Don Ramón María, que para todos hizo una nueva definición de la novela, con pentágrama y clave, llamándola, en la pila bautismal de su inquietud, «sonata», con rango de orquesta, como lo hubiera hecho el estilo de una posible pluma en Bethoven o Mozart o de un arco de violín entre las manos alargadas y finas de un Bécquer o un Miró.

Don Ramón María, al rasgarse del todo el Velo claudeliano que nos ofrece los cánticos angélicos de su estilo, ya dentro de la verdad Suma, nos ha mirado, con su larga y cilíndrica mirada de cazador de propósitos, diciéndonos: «Bien. Puesto que así lo queréis, yo, este que véis aquí, que fué en la tierra silencio de estatua de mármol antiguo o brisa delgada de jardín oriental, os dirá algo acerca de su espíritu en el arte. Y con quien estuvo. Y contra quien hubiera querido desatar sus furias».

Y hemos recibido, junto al olor de santidad fascista que nos ofreciera Adriano del Valle, otra emoción «antigua y amable»: la presencia de Valle Inclán entre nosotros, aquí, sobre la misma tierra sacramental de España, en esta hora de divinas locuras que él, cortesano y católico, amaba bajo la efigie del muy sentimental Marqués de Bradomín.

¿Cómo era en realidad el espíritu de don Ramón María? ¿Qué literatura recogió con mayor exactitud su forma interior? ¿Los «Esperpentos»? ¿Las «Sonatas»? ¿Fué un diablo, ramplón y cínico, absurdo y sin lógica, como el espíritu de aquellas extrañas creaciones, o por el contrario, fué un espíritu selecto al que el ambiente acorraló en una atmósfera turbia de café, propicia a la disnea y al tabaco de partida de dominó, muy 98? En suma: ¿fué un cartujo metido en la vida o un mundano con ansias de hacerse cartujo? ¿Fué devoto de cuantas imágenes describía o morfinómano de las gasas y los espejos aristocráticos, en un elegante desmayo de caobas íntimas y colchas celestes o rosadas? ¿Qué fué? Don Ramón María del Valle Inclán, que nació en un ambiente cargado de crítica y derrotismo civil, de sótano de tertulia, fué, por encima de todo, un alma atormentada, a la que pudo vencer, en ocasiones, la maldad de las gentes y el egoísmo de quienes elevaran a general una observación de minúsculo detalle. Tal vez por eso, Valle Inclán fué uno de los escritores que, en el fondo y aún sin proponérselo, con más ardor combatía al materialismo histórico. Porque su prosa es toda ella definición de espiritualidad. Vida desnuda, como es en su esencia, pero ungida de imágenes claras. Contra el materialismo histórico, para cuyo combate prescindimos de lo divino, porque en el altar de nuestra creencia religiosa, no existe rincón para los mercantilistas del alma. Ellos, fuera. Nosotros, dentro. Postura de arcángel, como San Miguel: con la espada en alto. Valle Inclán que era todo lo contrario del «juicio categórico» y de la «ley general» odiaba hasta el vértice de su corazón, la época decadentista en que vino a la vida de la literatura y del arte. Sus «sonatas» se hicieron, además de para ser



novelas de otro estilo más ecuánime y limpio, para crear en suma, el dogma de que lo literario es vida: y vida real, positiva, al servicio del espíritu y de las gentes, en derroche de galanuras poéticas. Porque él, que amaba febrilmente la fácil metáfora aguda, la precisión del concepto bien elegido, la palabra exacta y aguda, rápida, mitad chasquido, mitad órgano catedralicio, con sonoridades de naves de templo, supo definir —cantándola— la vida, en uso de las prerrogativas que a su pluma le fueron concedidas.

En todas las «sonatas» hay un fondo lejano y alto, que surge a cada palabra o cada giro, como decantación de todas las violencias. Fué a los cafés y tuvo disputas. Sí. Pero al fin, supo angelizarse. Y nos dejó, con su muerte, las cuatro estaciones líricas, poéticas, que jamás, por otro escritor cualquiera, se hubieran escrito dentro de una misma primavera de intención. Fué asombroso como hiciera una construcción musical de la primavera, y el estío, él, que como hombre, anduvo siempre con el oro de un otoño a cuestas, viviendo a prisa, para recibir de lleno la luz perdurable del descanso de sus ojos agudos, cilíndricos, ágiles, como así es razón que los tenía.

Los «rojos» de la literatura quisieron blasonar de un Valle Inclán que nunca poseyeron. Estaba, glorioso y mutilado, al otro lado de ellos: es decir, al nuestro, como Adriano del Valle nos decía en su crónica votiva. Admiró a Navarra. Y la Corte de Estella fué todo el centro de su ambición de nobleza. Hubiera querido vivir en otra época don Ramón María. A campo libre, batallando por una Causa grande y justa. Cuando don Ramón describe la figura de don Carlos, pinta, temblorosamente, a España. Y se funde en cruz, en santa jerarquía militante, con los altos y dorados caminos navarros. Contra los cafés y las tertulias, a solas, en los riscos del Maestrazgo, desplegada contra el sol su bandera filial de español y de católico, que vivió, casi sin saberlo, por una rebeldía que era su propia gracia. Esto fué, en el fondo, el contrariado don Ramón María. Las «sonatas», su alma. Los «esperpentos», su época. Que mientras él supo alcanzar la claridad del Velo, los demás, materializados, se quedaron sobre la tierra, abandonados y fríos. En el ascua del fervor con que escribía, es de esperar que Dios haya quemado sus culpas terrenas, porque supo cantarlo con bondad inigualada.

Cerremos el Velo santísimo que nos ofrece el canto angélico. La eternidad pulsa su memoria, pero nos queda la sonoridad de su nombre. De este soberbio y humilde don Ramón María del Valle Inclán, que «véis aquí», que amó, contra el ambiente, la liturgia del arte, y supo ganar en España un hidalgo reconocimiento.

Por su Palacio de Brandeso y su capilla. Por sus escudos heráldicos, dorados, como el sol de los Castillos. Por su hogar y su lluvia. Por la intimidad de su espíritu altivo y humanizado, y porque a orillas de la Roma madre, vivió en ascuas de amor facista, digamos con ESPAÑA:

—Alabado sea. Y románicamente, sea saludado.

F r a n c i s c o      M O N T E R O      G A L V A C H E



## “Lo regional”, en Rosalía de Castro

Queremos vindicar la memoria de nuestra genial poetisa, de quien la política (que todo lo ensucia y envenena) quiso también hacer un símbolo, deformando lo que sólo constituía un exaltado regionalismo, para presentarlo con habilidad como un galleguismo separatista.

No hay lugar aquí, para establecer el necesario distingo entre separatismo y regionalismo, pero de un modo rudimentario podremos establecer que, mientras el separatismo supone desmembración, desintegración, rompimiento, desmenuzamiento de la unidad en fragmentos, desmembración que tiene su base más en el odio que en las altas conveniencias, el regionalismo supone por el contrario, la integración, la coordinación y la armonía de diversas partes para realizar la unidad de destino a que se sienten impulsados.

Sentado esto, previamente, veremos ahora cómo Rosalía de Castro, no es separatista. Rosalía no es más que una enamorada de Galicia, su patria chica. Su galleguismo adquiere a veces tonos tan exaltados que ofrecen cierta agresividad de expresión para el resto de las provincias, pero esto se explica por dos razones: la primera porque una sensibilidad tan delicada y tan fina como la de Rosalía de Castro, ha de manifestarse con mucha más vehemencia que la de otras personas; la segunda, porque si hemos de ser sinceros, tendremos que reconocer que, hasta no hace mucho tiempo, fuimos injustos en la estimación de Galicia y de sus hijos.

Y de esto se lamenta constantemente Rosalía, revolviéndose airada contra tal injusticia. Para comprender bien esto conviene analizar las poesías sobre Castilla que aparecen en los «Cantares gallegos» y que acaso son la nota más violenta que nos ofrece y en la que se ha querido cimentar el pretendido separatismo de Rosalía.

Dice así:

«Castellana de Castilla  
Tan bonita e tan fidalga,  
Mais á quen para ser fera  
C'a procedencia ll'abasta»  
.....

«Din que n-a nobre Castilla  
Así ôs gallegos se trata,  
Mais debe saber Castilla,  
Que de tan grande s'alaba,  
Que sempr'a soberba torpe  
Foi filla d'almas bastardas»

Aquí sólo existe una dolorida queja contra Castilla, que a Rosalía parece soberbia, pero a la que llama «tan bonita e tan fidalga». ¡Jamás el separatismo español tuvo un piropo, ni una frase grata para Castilla!

Después nos dice:

«Castellanos de Castilla:  
Tratade ben ôs gallegos;  
Cando van, van como rosas;  
Cando vên, vên como negros»  
.....

«Foi a Castilla por pan,  
E saramagos lle deron;  
Déronlle fel por bebida,  
Peniñas por alimento»



Pudieran estos versos, tambalear nuestra tesis, pero es lo cierto, que no son expresiones repelentes hacia Castilla, sino defensa de los gallegos que, como todos sabemos, en un éxodo constante, buscaban horizontes más lejanos que los de su tierra natal.

Así vemos cómo, seguidamente, abandona su diatriba contra Castilla y la emprende con América, al decirnos que en las soberbias naves marchan

«Os fillos d'as nosas costas  
Con rumbo a América infanda  
Qu'a morte c'o pan lles dona»

Y casi a continuación exclama:

«Probe Galicia, non debes  
Chamarte nunca española,  
Que España de ti s'olvida  
Cando eres, jaif, tan hermosa»

Esta estrofa, parece concluyente y definitiva, y sin embargo, examinada con detenimiento veremos que lejos de constituir una nota separatista, constituye una sincerísima afirmación españolista, porque lo que quiere Rosalía, es que los hijos de Galicia, no tengan que salir de España, «con rumbo a América infanda».

Lo que pide Rosalía es el amor y la estimación de España para Galicia, y esto es todo lo contrario del separatismo, que no le importa España, ni es capaz de lamentarse del olvido de España. El separatismo es indiferencia, desprecio, deseo de no tener contacto con España. El pensamiento de Rosalía de Castro es muy distinto; quisiera que España no se olvidase de Galicia, que la admirase y la amase por ser tan hermosa, y todos sabemos que, en la vida, sólo se pide amor y admiración a quien se ama y se admira.

Además, la verdadera interpretación de estos versos se halla en el prólogo de «Cantares gallegos». Este prólogo titulado «Obxeto d'este libro, pol-a autora» es un alegato sentido y fervoroso en defensa de Galicia, y un canto a sus costumbres, riberas, paisajes, pinares, romerías, cantos, etc., es decir, todo aquello que «por su forma y colorido—dice la autora—es digno de ser cantado, todo lo que tuvo un eco, una voz, un ruido, por leve que fuese, con tal que llegase a conmoverse» y en él la defensa (prosa que rezuma lirismo y sentimiento) adquiere, a veces, tonos de exaltado reproche, hacia el resto de las provincias que falsean o no comprenden a los hijos de Galicia como a Galicia misma y que «demuestra la ignorancia más crasa y la más imperdonable injusticia que puede hacer una provincia «hermana» por pobre que ésta sea».

Sólo el hecho de considerar y llamar «hermanas» a las provincias, destruye totalmente la hipótesis separatista.

Lo que pasa, es que Rosalía de Castro se halla tan afincada en su terruño, que no encuentra en toda España, lugar más bello ni mejor que Galicia, y por eso pasa por las soledades de Castilla que dan idea del desierto, y por Extremadura y la Mancha, donde el sol cae a plomo y donde el calor de la paja seca presta un tono cansado al paisaje que rinde y entristece el espíritu, y los celebrados alrededores de Alicante, donde los olivos parecen llorar de verse tan solitarios, para terminar clavando el aguijón de su más punzante ironía en «aquella famosa herta de Murcia, tan nomeada, e tan alabada, e que, cansada e monótona como o resto d'aquel paise, amostra a sua vexetación tal como paisaxes pintados n-un cartón con arboles postos simétricamente y en carreiriños para divertisión d'os nenos.»

En cambio, de Galicia, nos dice que «todo es espontáneo en la naturaleza, y en donde la mano del hombre cede su puesto a la mano de Dios».

Constantemente vemos en sus «Cantares gallegos» un profundo sentido localista y hogareño:



«Adiós, ríos; adiós, fontes;  
Adiós, regatos pequeños;  
Adiós, vista d'os meus ollos,  
Non sei cándoo nos veremos»

Y luego en la ausencia, tiernas remembranzas, cuya ternura se acrecienta y matiza con la dulzura de expresión del acento gallego:

«Airiños, airiños aires,  
Airiños d'a miña terra;  
Airiños, airiños aires,  
Airiños, leváime á ela»

Para demostrarnos aún más el marcado sabor regionalista de su obra poética, están las palabras de indignación que formula contra los que injustamente vituperan y menosprecian a Galicia, en las que nos encontramos con una formidable y tajante afirmación españolista, al comparar tales «fatuidades» respecto a Galicia, «con las de los franceses al hablar de sus eternas victorias ganadas a los españoles» y a esto llama Rosalía, «infame mentira».

Es otra prueba más de su acendrado amor a Galicia, la dedicatoria de «Cantares gallegos», dirigida a «Fernán Caballero» a la que quiere que sirva para demostrar «el grande aprecio que la profeso, entre otras cosas, por haberse apartado algún tanto, en las cortas páginas en que se ocupó de Galicia, de las vulgares preocupaciones con que se pretende manchar mi país».

Digamos, una vez más, que Rosalía, echó sobre sí, la misión de abogar constantemente por Galicia, y fué su obsesión mayor, realizándola con mística exaltación de iluminada.

Así nos lo revela en estos versos de su obra «En las orillas del Sar»:

«Que es el silencio hermano de la muerte,  
Y yo no quiero que mi patria muera,  
Sino que como Lázaro, ¡Dios bueno!,  
Resucite a la vida que ha perdido;  
Y con voz alta que a la gloria llegue,  
Le diga al mundo que Galicia existe  
Tan llena de valor cual Tú la has hecho,  
Tan grande y tan feliz cuanto es hermosa»

Con esto voy a dar fin a mi trabajo, en el que no sé si habré logrado realizar la intención que me indujo a vindicar la memoria de la inspiradísima y dulce poetisa gallega, que al ensalzar a Galicia, hizo una gran labor de españolismo, porque, en definitiva, cuanto más estimadas sean las provincias y regiones españolas, cuanto más se acreciente su valor, más se acrecentará también el valor de España, que es la suma espiritual de sus hombres.

A . R O D R Í G U E Z P A S C U A L



## “Epifanía del Trabajo”

Garivet en su «Idearium Español» resume la doctrina de nuestro Séneca, en aquellas palabras que dicen: «No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte, indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

Y este es un postulado filosófico, que por ser senequista puede ser trascendente y enjundioso, pero que está unido implícitamente a toda moral humana, de normal equilibrio en la actividad ciudadana. Porque la vida se estima en cuanto para nosotros tiene de savia de energías, mientras es para nosotros una catequexia de nuestra rebeldía y un guión ejemplar de mejor conducta; disciplina de la voluntad, enamorados de ella porque vivimos sin abandonar la menor palpitación de nuestra vida; porque es de lo más hondo de nuestra intimidad precisamente, de donde nos brota con más ímpetu el amor y la confraternidad hacia la vida de los demás y ese coeficiente que la organización social nos asigna en la común aportación de las capacidades colectivas, merced al cual existe el fundamento de las especies y de los sistemas.

La vida es sensible perderla cuando se ha vivido sin sentido ni orientación. Los cuerpos que no tienen energía espiritual parece que caminan siempre inclinados sobre la tierra; son las vidas de la timidez y del miedo, cuerpos de vegetación y de inercia mil veces peor que la muerte.

Nunca se tiene mayor seguridad de la propia subsistencia, que cuando se está en trance fervoroso, en comunión atenta y abstraída sobre una idea o una inquietud que afecta a nuestra creación del taller, del laboratorio o del cuarto de estudio. La tensión es tan equilibrada y tan despierta, que ninguna explosión del exterior, aunque percibida, ha podido poner duda en nuestra sensibilidad, de que en aquel momento no podríamos de ninguna manera dejar de vivir. Equilibrio moral tan poderoso de los seres con destino concreto y tenso; secreto designio que tal vez promovió a la hija de Lincoln, en su inocencia infantil a decir «¡Cuando viene tormenta, me refugio en el cuarto de mi padre; hay un algo poderoso que me dice que allí no podrá jamás caer una exhalación!»

Y este es el verdadero estoicismo; el que proporciona la tranquilidad de que se está cumpliendo un fin; de que se vive con emoción y aliento, por el imperativo que hay en nosotros de caminar con un objetivo y con una formación moral *sui generis*.

No es la vida mimetismo ni emulación sistemática; es la vida, palenque diario en donde hemos de hallar un momento propicio para cada palpitación de nuestro espíritu; en donde poner a prueba la capacidad de acción y de creación que



la Naturaleza nos ha dado. Si no es esto la vida, la vida no tiene interés alguno. Y si la existencia es una ininterrumpida oportunidad que nos da el destino para hacernos más sapientes y con más experiencia de todo, la vida es un constante acicate de superación y de gozo en tensión y de cómodo dinamismo múltiple, es una eterna disciplina de nuestra conducta, de nuestro temperamento, siempre joven, que encuentra comprensión para todo y a todo le ve una justificación y una explicación de contraste y de valoración impar.

El que vive en tensión laboriosa, no siente la nostalgia de lo pasado, sino como un síntoma de respeto al pretérito; pero sí siente fervor por el presente, por el instante vital del momento que él mismo se está creando y forjando con hechos encadenados a los hechos afines o encontrados de lo demás. Y nunca se siente en el final, ni da tregua a su afán noble y hacendoso, ni se cree en el crepúsculo de ninguna orientación u oficio, ni sabe lo que es la vejez, porque de una manera acompasada y regular ha ido ajustando sus actos y sus actividades a la tónica humana de sus energías; y en cada hora, ha tenido una inquietud nueva y un horizonte también nuevo, para lo que es la sustancia inmortal de su vitalidad creadora.

Aristóteles dijo: «Seamos con nuestras vidas, como arqueros que tiene un blanco». Esto es: estar siempre despiertos con sentidos claros y videntes, con percepción serena e imperturbable en los distintos ciclos de la existencia, porque no es frecuente tener serenidad para auscultar el proceso de la Humanidad; y sin embargo, esto es muy importante, para quien tiene la clarividencia de su misión terrena y sabe, a pesar de su modestia e insignificancia, dentro del pudor que le inhibe de la fácil vanidad humana, que el Cosmos es importante, gracias a la parte alicuota de importancia que la Creación le ha concedido a él mismo al alumbrarlo al mundo.

## ELOGIO DE LA MENESTRALIA MODERNA

Conforme dice un historiador contemporáneo, el rasgo más fácil de comprender y el más notable de nuestros tiempos, es la mutación y el prodigioso desarrollo de la industria y del comercio y por consiguiente, la transformación total de las condiciones materiales de la vida.

El proceso de la ciencia, principalmente de las físicas y químicas y sus aplicaciones prácticas, han revolucionado los métodos del trabajo y de la producción, singularmente, con sus elementos primordiales el vapor y la luz de gas y el petróleo y la electricidad después.

Por la electricidad, se ha dado parto a la gran facilidad del nuevo mundo de la comunicación, por medio del telégrafo, el teléfono, la radio, la telegrafía sin hilos, y el ferrocarril, alcanzando a todos los medios de la producción industrial y haciendo del agro moderno con tractores mecánicos, el inmediato resorte económico de las poblaciones que constituyen las atolondradas y refinadas urbes metropolitanas de la Europa de hoy.

B e n j a m í n      R A M O S      G A R C Í A



## ENTENDIMIENTO Y PASION DE ESPAÑA

La guerra nos ha traído, entre otros grandes bienes, éste que quizás sea el primero de todos: que España se conozca a sí misma. Ahora sabemos nuestra historia, porque la hemos vivido, rehaciendo la obra y la gloria de los antepasados, aquellos claros varones de Castilla que con su esfuerzo ensanchaban el ámbito de hazañas de la Patria. Ya los días de nuestras epopeyas no son melancólico archivo de añoranzas en las páginas de los libros o en las memorias eruditas. La letra se hizo sangre, el verbo sacrificio, y por directa y ardiente emoción de muerte y vida hemos podido todos comprender — en la hora de la verdad — la tradición y el pasado, porque eran presente, parejo en afanes y grandezas conquistadas.

Ahora sabemos también nuestra geografía. Antes nuestras llanuras y nuestras montañas eran sólo tierra, silencio planetario donde no oíamos latir el corazón de lo humano. Pero esa tierra se empapó de sangre, los collados se poblaron de cruces, huesos queridos se enterraron en lo hondo o blanquearon al sol de las batallas, y las llanuras, las colinas, los puertos, las sierras de «nuestra triste y espaciosa España» — como dijo Fray Luis — se poblaron de nombres de pueblos, unidos ya para siempre en la memoria, por la hermandad sagrada de la muerte, a nombres propios de familiares, de amigos y camaradas caídos. Allá en lo alto del León, o en aquel monte vizcaíno, o en aquella aldehuela asturiana, o en las arenas donde el Ebro sorbe la emoción áspera y entrañable de la Patria. Luego ese ir y venir por los caminos. Decía Flaubert que, sin nombrarlos, toda la prosa del *Quijote* es polvo de adioses y caminos de anhelo. También para nuestras vidas, en andante caballería, la piel de España ha sido durante tres años polvo de viaje infinito, haciendo cruces por carreteras sin posadas. Las gentes de las ciudades han aprendido cuánto de cariño y de amparo tiene el fuego de un hogar en las soledades, cuánto de acogedora una casa labriega en Valmojado o Talavera de la Reina, y cuánta honradez hay en esas sábanas de lino de una cama labradora de roble, donde entre tal sencillez y tal blancura uno siente el rubor de ser complicado y no ser bueno.

Trasiego, en fin, de las gentes de una región a otra. Las regiones de España se desconocían, o se conocían mal, por suspicacias, orgullos ignorantes y anécdotas pueriles. Ahora se conocen por vivencia y convivencia directa y cordial, por comunidad de sacrificios y ayuda mu-



tua. Galicia y Asturias, por ejemplo, que eran primas, pero no se trataban, han intimidado en la hermandad ardiente del Naranco, y los caminos románicos, abandonados desde la época de las peregrinaciones y la Reconquista, volvieron a saltar, de alegría y de tránsito, sobre los puentes rotos Cataluña y Castilla, recaídas en los penúltimos tiempos en rivalidades sin anhelo, tornaron a ayuntarse como en el tanto monta de Fernando e Isabel. Muchos miles de jóvenes catalanes vinieron a pelear bravamente por la unidad española, y allá en los pueblos tarraconenses y en Barcelona misma la llegada de los camiones del Auxilio Social, con el pan caliente y el corazón en la mano, desmentía con su júbilo tanta patraña tonta y contumaz propagada durante medio siglo, suponiendo que la organización, la técnica y el trabajo fecundo eran imposibles en un pueblo castellano. Y fué en el corazón de Castilla, en Valladolid, donde la caridad con yugo y flechas encontró un sistema que la convirtiese en justicia.

Además, la falta de una gran ciudad *felix culpa*. La dispersión obligada de los servicios y oficinas llevándonos de la Salamanca plateresca al Valladolid filipense y del Burgos gótico y cideño, alanceando el frío con sus torres, al San Sebastián diplomático y fronterizo o al Bilbao industrial. La luz que los veía amanecer de víspera en Andalucía, declinaba al día siguiente en nuestros ojos junto al Pilar zaragozano.

Era la nación en marcha, el Estado andante, la patria haciéndose de pueblo en pueblo al correr de un Ford, como en otra época al trote en octosílabos del Romancero o al paso sin tregua de Isabel, a lomo de mula. En Francia hubo siempre un París — desde el tiempo de Juliano el Apóstata, cuando aún Francia no existía. En Inglaterra hubo siempre un Londres —, desde el tiempo de Julio César, cuando Inglaterra no era aún ni sueño. Allí, la ciudad creó la nación, a su imagen y semejanza. Pero España se fué haciendo en ochocientos años de pelea sin que Madrid existiese. Y ahora la fuimos conquistando y haciendo de nuevo también sin capital. Que los madrileños lo recuerdan con humildad entusiasta. Para que Madrid sea a imagen y semejanza de la España reconquistadora y, superándose a sí mismo, se esfuerce en ganar dignidad y altura a fuerza de ejemplaridad y responsabilidad laboriosa. España ha ganado Madrid, y a ello dedicó todo su ansia heroica y guerrera. Ahora que Madrid dedique todo su heroísmo de lo cotidiano, todo su ansia creadora en la paz a ganarse la admiración de la admirable España provinciana.

E u g e n i o M O N T E S  
De A B C, de Sevilla, 6 de Mayo.



## “NUESTRA ENCUESTA”

### BENJAMÍN RAMOS GARCÍA

Mi buen amigo, el director de CAUCES, Francisco Montero Galvache, inicia en su revista una encuesta literaria, que por la enjundia de sus preguntas, sugeridoras en grado extremo, estoy seguro han de suscitar entre los escritores afirmaciones y conceptos interesantísimos.

Mi opinión, mi parecer, no pueden serlo de ninguna manera por ser precisamente míos; pero a estas contestaciones, no me puedo sustraer, por dos cosas fundamentales: por mi cariño hacia CAUCES y hacia sus animadores y porque creo que estamos en momentos en que nuestra pluma debe de responder a todo con arrogancia, sin cobardía y dentro siempre de la mayor seriedad, justeza de apreciación y entera y consciente responsabilidad.

La literatura, mi buen amigo Paco Montero, creo con cruda sinceridad, que nunca ha sido decisiva en los destinos de los pueblos. Tus preguntas, son tan solemnes y trascendentes, que parecen investirla de un prestigio casi sobrenatural y, desde luego, creo que lo tiene, pero en las puras regiones de la abstracción; energía espiritual que suele contar pocas veces en los rumbos de nuestras cosas de la tierra. Ante cualquier cisma, es cierto, el hombre en descomposición, se vuelve hacia su espíritu y es de su propio espíritu de don-



*El ilustre escritor marroquí, Corresponsal de «CAUCES» en el Protectorado de Marruecos, Benjamín Ramos García, autor de numerosos libros de crítica y ensayos, así como de meditaciones sobre el espíritu español de los últimos tiempos, contesta hoy a la «Encuesta» que tenemos abierta en estas páginas. Es actualmente, Jefe local de Propaganda, en Melilla, y colaborador de diarios y revistas, tanto nacionales como extranjeras. Su obra ofrece un claro y destacado relieve del nuevo humanismo español.*



de saca la consecuencia de su nueva fuerza, la savia de su nueva moral, el impulso de su novísima reacción interior, para reconstruirse a sí mismo y asentar su equilibrio en un nuevo fundamento vital; pero no es nada más que en el trance crítico de su disociación íntima—y colectiva—; porque luego ya, son otros resortes más imperiosos y menos espirituales los que determinan la orientación de sus derroteros decisivos.

Yo no soy escéptico (si lo fuese no escribiría) ¿pero me quieres decir qué ha sido de las más importantes aseveraciones de nuestros ensayistas de los siglos XVIII y XIX que con aliento profético han forjado y hecho vibrar en la emoción más pura lo más sensible y recóndito de nuestro temperamento hasta su total formación?

Yo siento un poco de tristeza al decirte ésto, pero siento también alegría interior al recapacitar y convenir en que nuestros mayores gozos espirituales, nuestras mejores delectaciones estéticas, las hemos obtenido en el empapamiento de sublimes configuraciones idealísticas, totalmente desinteresadas y nada prácticas, porque en el desinterés y el renunciawiento es precisamente en donde yo veo la mejor justificación y la única razón de esta existencia, de este tránsito tan fugaz, erigido sobre tan febles argumentos y pretextos frágiles y triviales.

Las mejores emociones de mi vida, en mis observaciones y en mis lecturas, las he obtenido de obras y páginas bellísimas con las que no se puede estar conforme. Y este es el valor del pensamiento literario—en toda la diversidad de sus trayectorias occidentales y europeas—después del XVI sobre el cuerpo entero de Europa.

¿Qué sentido tendrá la nueva literatura de España?

Nuestro espíritu racial, el alma ibérica entera, está actualmente en vibración intensísima merced a nuestra Revolución. Las vibraciones espirituales en el hombre son en todos y en cada uno de ellos distintas en su variada gama de matices, y las nuestras están volcadas todas generosa y árdidamente al exterior. Estamos, como si dijéramos, en plena creación fabulosa, y es evidente que ahora se hallan identificadas todas las capacidades, porque están de una manera indudable en trance de actividad. Y, naturalmente, esta actividad es una actividad seria y fructífera y es variadísima de matices también.

Por este razonamiento, se observa que nuestra literatura es multiforme, prolífica, caracterizada por la diversidad en estos momentos, y también por el deliberado propósito de hacer perdurable la rica emoción increada y poco común en otros pueblos, que embarga al nuestro en estos instantes. Y en esta variedad literaria del momento, cuajan todos los géneros; y de esta variedad de tónicas ha de nacer una nueva literatura, es indudable; una literatura, en mi creencia, en que se hermanen todos estos factores fundamentales a aunar y armonizar con el mejor gusto, dentro de cada género: formación filosófica, histórica, geográfica y científica robustas; dadas a luz en una nueva literatura de sencillo concepto, de moderno estilo, conjunción de la entraña y de la idea pretérita del mejor tiempo, con la concepción alada, un poco realista, de un puro léxico expresivo de los escritores modernos de otros países.

¿Será un retorno a lo clásico?



Sí. Debe de serlo. Un retorno a lo clásico, en el mejor concepto de la palabra. Un retorno al equilibrio creador de aquellos grandes temperamentos del Siglo de Oro, que nos investirá de esa seguridad tan necesaria de que no malgastamos el tiempo y hacemos y creamos cosas perdurables como ellos; pero dentro de una nueva forma de concebir; sonido clásico pero configuración nueva, en que lo imaginativo sea divisa de originalidad y de personalidad nueva también; contenido clásico, sí, pero en odre nuevo; forma y estilo peculiares, en que se dé así a nuestro paso un sello auténtico de contemporánea genialidad inmortal. ¿Qué valores ofrece esta generación?

Ofrece muchos y diversos; unos, abocetados y otros, en asombrosa prematura sazón.

Con el de la heroicidad de nuestras juventudes, se está forjando en España nada menos que todo un nuevo sistema filosófico, que hemos de incorporar a la literatura de mañana y que se está de hecho incorporando ahora ya en algunas obras de nuestros días.

Yo no puedo citar nombres, porque esto sería marcar predilecciones de las que siempre he sido enemigo y no sería señalar valores, así, en abstracto. Pero valores en literatura de esta generación, están surgiendo indudablemente. En poesía, se está forjando un nuevo Romancero, glosa diaria de nuestras gestas heroicas, como en la Edad Media, pero lleno de mayor emotividad, más rico de imágenes, más expresivo de configuraciones poéticas, más henchido de metáforas sorprendentes y audaces.

En lo episódico, surge también una literatura amena y popular, llamada a servir de punto de referencia documental estimable, de orientación anecdótica interesante.

En lo humorístico, se está gestando un sentido muy peculiar de nuestro carácter español; un humorismo diríamos tragicómico, en que en medio de la más patética realidad guerrera, surge el chispazo de lo jocoso y de lo cómico, en un contraste, en una aleación de efectos antitéticos muy peculiares de la genialidad ibérica y, que desde luego, determinan por un lado, el estoicismo ibérico ante las actitudes graves, y por otro, la chispa o gracejo de la genialidad española, como síntoma de creación y de capacidad, para todo lo que constituye el vencimiento de las humanas dificultades de la vida en torno.

Y también surge un nuevo estilo y una moderna escuela de ensayistas, con un prurito criticista sorprendente y amenísimo, sugeridor, lleno de sabias disquisiciones, en lo pretérito, lo actual y lo futuro, se compaginan y se fraguan en la consecuencia de nuestros postulados patrióticos; norma, ejemplo y paradigma del credo que gloriosamente nos legara nuestro José Antonio.

Esta es mi opinión, bien superficial, querido Montero, como puedes ver, entre otras causas, porque no sé más, pero también porque no soy crítico y estas preguntas serían dignas de un largo estudio de crítica literaria, y además, porque si no crítico, sí soy, aunque modesto, escritor, y como escritor terrenal, lleno de todos los defectos y errores que a los escritores siguen en todas las épocas.

Pero, en fin, vayan estas cuartillas hasta CAUCES, por si sirven, y con ellas, mi cariño, mi estímulo y la fraternidad entrañable de mi invariable camaradería.



# *Ultima sombra*

## *romántica: Arturo Farinelli*

Entre las más ilustres personalidades de la Italia intelectual, se destaca con singular relieve la del eminente profesor de la Universidad de Turín, Arturo Farinelli. Este gran erudito y sobresaliente crítico e historiador literario es uno de los más excelsos representantes de aquel espíritu universal que dominaba incontrastablemente en ciertos círculos de la intelectualidad europea del final del siglo pasado, en los que se rendía apasionado culto a los ideales de «Weltbürgertum», heredados de la época del auténtico Romanticismo. La insaciable curiosidad intelectual del sabio profesor italiano, en efecto, se ha caracterizado siempre por su afán de omnipresencia en toda la extensión de los dilatados horizontes de la literatura universal. Y así, junto al conocimiento profundo de su patria de todos los tiempos, hemos visto a Arturo Farinelli cerner las alas de su espíritu crítico, pero siempre sediento de emoción intelectual y estética, por los campos de la literatura alemana, cuyo periodo romántico ha sido objeto de un definitivo estudio sintético en su áureo libro «El Romanticismo de Germania»—verdadero milagro de interpretación en las altas cumbres de la visión crítica—y por los dilatados espacios de la literatura española antigua y moderna, a la que ha consagrado lo mejor, quizá de su obra genial de explorador del espíritu en la literatura. Recordaremos solamente su magna obra sobre «Calderón en el mundo», cuyo tercer tomo, según noticias recién llegadas, está actualmente terminando; sus luminosos y eruditísimos estudios sobre Dante, Petrarca y Boccaccio en España, y su tan conocida como consultada obra sobre el Romanticismo en España.

Los lazos espirituales que ligan a Arturo Farinelli con España son de calidad excepcional y subrayan con un rasgo característico su interesante y original personalidad. Acabamos de leer en uno de los grandes rotativos de Milán una entrevista con el insigne profesor, en la que éste hace hincapié en las estrechas y cordiales relaciones que durante toda su vida ha tenido con España. En ella recuerda con palabra emocionada los años pasados durante su primera juventud en Barcelona y otras ciudades de la península. «Considere usted—declaró a su interlocutor—que no hay población de España que no conozca. En realidad, España fué para mí el primer amor del hombre de letras que se afanaba para comprender y profundizar las literaturas y estudiándolas y confrontándolas en su misma patria física; y el primer amor parece que haya de perpetuarse, de uno u otro modo, por toda la vida. He amado a España como se ama a una mujer. El amor a todas las restantes literaturas se concentró para mí en el estudio de sus relaciones con la literatura española, y en torno a Calderón.» Y en realidad, «él ha concebido un «Welcalderonismus»—un Calderonismo mundial—como el ápice de todo un periodo de la cultura europea», observa lúcidamente su interlocutor Giovanni Cavicchioli.

Dos ensayos recientes del eminente profesor de Turín me brindan hoy la ocasión de dedicar algunos comentarios a este tema siempre sugestivo y nunca agotado de España y el Romanticismo. Se trata de un trabajo que con el título «Le Romantisme et l'Espagne» ha sido publicado en la «Revue de Littérature comparée» de París, y de otro, de tema más concreto, con el título de «La Spagne e i Romantici d'Italia», publicado en la «Nuova Antologia». Los dos ensayos, con ser una una síntesis de las ideas de su autor sobre



el tema, esparcidas en multitud de sus pasados estudios, contienen, sobre todo el segundo, noticias e ideas, referencias e interpretaciones nuevas y originales, que demuestran la lozanía perenne de las conspicuas facultades intelectuales y emotivas de este sabio cuya ciencia no sabe envejecer bajo las canas que ya cubren su cabeza leonina de romántico empedernido. El lector me sabrá agradecer el esfuerzo que intentaré realizar en este artículo para exponer las ideas y los datos más interesantes que he espigado en la lectura de esos notables ensayos.

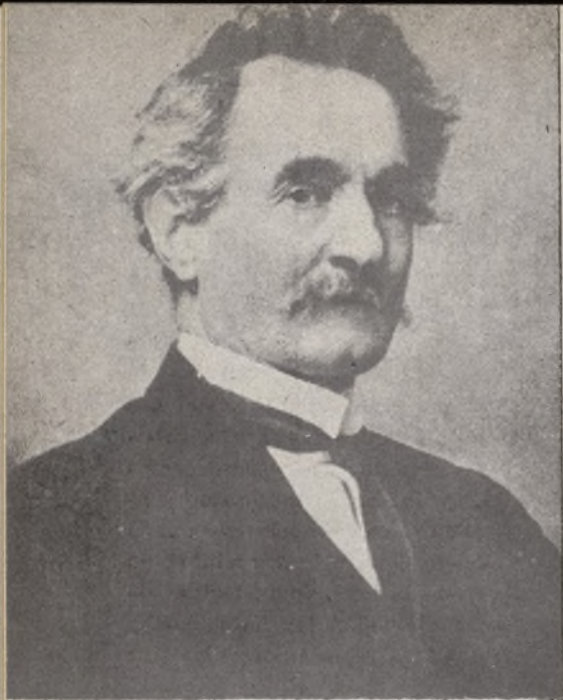
Farinelli ve en España—en la España eterna de la leyenda—un supremo recurso de que se valieron los románticos para lograr la evasión del mundo real al sueño de una patria ideal, mansión de los espíritus sedientos de infinito, libre de las bajas preocupaciones materiales de la vida práctica. La Grecia antigua, el Oriente lejano y la España caballerescas resplandecieron alternativamente a los ojos de los más excelsos representantes del Romanticismo como la Tierra Prometida de la Santa Evasión. El Romanticismo sentía instintivamente la necesidad vital de distraerse de la tortura, en los románticos nunca apaciguada, del mundo interior y hallaba el camino de su fuga de la vulgar realidad en la proyección plástica de sus ensueños, en las perspectivas de la leyenda misteriosa de países lejanos en el tiempo o en el espacio que la poesía anónima popular había hecho ingrátidos al trasfigurarlos al través de los siglos en una visión irreal aunque plétórica de sentido humano.

España fué para los románticos, ante todo y sobre todo, la patria del Cid, el épico escenario de la Reconquista, la tierra caballerescas por antonomasia, cuya fuerza de fascinación dimanaba por una parte de la original interferencia a la que llegaron en ella durante su edad media la civilización del Oriente y la del Occidente, y por otra de la exaltación heroica en el terreno de los hechos y de la cultura con que se manifestaron en su historia los más puros ideales religiosos de la misión civilizadora del catolicismo. Los mismos motivos que dieron pie a los enciclopedistas y a todos los doctrinarios de los principios de la Revolución francesa, a expresar toda su execración de la catolicidad española en la forma de la Leyenda Negra, fueron los que en el Romanticismo alemán despertaron la simpatía, la admiración y el entusiasmo hacia la vieja España legendaria. Esta exaltación en España adquirió aún mayor impulso en vastos círculos del mundo intelectual después del glorioso alzamiento del pueblo español contra las huestes de Napoleón.

Las huellas que ha dejado en el movimiento romántico de los más cultos países de Europa la admiración hacia España y el atractivo de su historia y de su leyenda, son algo demasiado sabido y divulgado en la historia de las literaturas modernas para que trate ahora de enumerarlas o resumirlas. Bastará escoger las más salientes y significativas entre las innumerables que son objeto de examen en el primero de los citados ensayos de Arturo Farinelli.

Hasta los ingleses, tan reacios por temperamento al entusiasmo, expresaron una ferviente admiración hacia la nación que había demostrado en el terreno de los hechos poseer aún vivo el espíritu épico que caracteriza a su historia y a su literatura. Byron, Washington Irving, Southey y otros escritores ingleses dejaron en sus obras bien marcadas, las huellas de su devoción a la fascinadora leyenda de España. En el campo de la literatura francesa, esta fascinación se hace singularmente sensible en Chateaubriand, autor de aquella maravillosa evocación de los últimos tiempos de la España árabe «El último abencerraje», que, ansioso de descifrar su enigma, visitó España deteniéndose en sus maravillosas catedrales, en sus castillos altivos e imponentes, en sus silenciosos y solitarios monasterios; en Víctor Hugo, que pagó el tributo de su admiración en sus dramas «Hernani» y «Ruy Blas» y que a través de todas las deformaciones de los caracteres, de los tipos y de las leyendas españolas que le han sido con razón críticas, supo dar expresión poética como pocos al hechizo de España; en Teófilo Gautier, que popula-





rizó el conocimiento romántico de la tierra y de la tradición española en su «Voyage d'Espagne», libro tan falto de visión histórica como rico de color local y de poesía del paisaje; en Próspero Merimée, que en su famosa novela «Carmen» nos dió una interpretación arbitraria de los tipos y las costumbres españolas a través del temperamento afín de las gentes del Midi de Francia donde él tuvo su cuna; en De Vigny, en Stendhal, en Musset, que hubieron de sufrir también la seducción de los temas españoles, elaborados por la sensibilidad y la fantasía romántica, seducción encarnada principalmente en la mujer española, misterio de gracia, de orgullo y de pasión que trataron de interpretar en el plano de la poesía los poetas y los novelistas más destacados del país vecino. Fué también el Romanticismo, el alemán principalmente, el que encumbró hasta las más altas cimas del simbolismo, trasfigurándolas en tipos universales de

humanidad, las figuras del Cid y de Amadís, de Don Quijote y de Don Juan, y el que acabó por hacer aparecer a España como la ideal meta de la peregrinación sentimental de los románticos. Por lo demás, la influencia de España en el Romanticismo alemán pertenece ya al dominio público y nos excusa de entrar en detalles.

Todos estos temas, tan someramente reseñados, adquieren en la pluma de Farinelli la calidad de visiones trascendentales y de profundas interpretaciones en las páginas de su aludido ensayo. Viejos temas muchos de ellos, es cierto, pero que, inundados por la luz del pensamiento del conspicuo profesor, aparecen remozados en el contraste y la confrontación con otras figuras de la literatura universal que su sabiduría literaria evoca inagotablemente en esas páginas.

Mayor novedad de datos y hechos literarios contiene el segundo de los citados ensayos, consagrado a las relaciones de los románticos italianos con España y basado en las afinidades históricas, artísticas e intelectuales que existían entre Italia y España en el período del «Risorgimiento». Es importante la comprobación que hace Farinelli acerca de la escasa simpatía en que era tenida España en Italia antes de la Revolución francesa. Los eruditos italianos trataron de atribuir la decadencia y la degeneración del gusto literario italiano en el siglo XVIII a la, según ellos, nefasta influencia del culteranismo y del conceptismo de los escritores españoles seiscentistas. Las vivas y apasionadas réplicas de que esta tesis fué objeto por parte de algunos eminentes jesuitas españoles desterrados en Italia por el decreto de expulsión de Carlos III, tuvieron por resultado ahondar aún más el recelo y la prevención contra la literatura y la cultura española en los eruditos italianos de aquel período. La tan pedante como injusta sentencia del escritor francés Masson, según la cual Europa no debía nada a España en el campo de la cultura, dominaba entonces como una verdad indiscutible en los círculos intelectuales de Italia. La guerra de la Independencia obró también en Italia como un poderoso reactivo contra esta campaña de calumnias contra España que había de cristalizar en la Leyenda Negra. Los grandes poetas Fóscolo, Manzoni y Leopardi exultaron ante aquel viril ejemplo de espíritu de independencia y de amor a la libertad que los españoles habían dado al mundo en su heroico esfuerzo para sacudir el yugo de una dominación extranjera. La rebelión española actuó como un maravilloso fermento en los movimientos nacionalistas de



todos los países que habían experimentado los efectos de las ambiciones imperialistas del gran Corso. Es importante la observación que hace Farinelli acerca de la diferencia que existió a este respecto entre los literatos italianos y los franceses. Mientras éstos no sufrieron nunca el destierro ni lucharon en los campos de batalla y no salieron del terreno de la poesía, los italianos aplicaron sus energías al terreno de los hechos y los consagraron al servicio de la patria. Datos significativos sobre este particular son los referentes a la llegada a España durante el tercer decenio del siglo XIX de numerosos italianos que iban voluntariamente a tomar parte en los movimientos revolucionarios de la península. A esta circunstancia debemos, por ejemplo, que entre los fundadores del memorable periódico «El Europeo», de Barcelona, primer órgano consciente del Romanticismo en España, figurasen al lado de Buenaventura Carlos Aribau dos italianos expulsados, Galli y Monteggia, los cuales propagaron desde sus páginas las doctrinas del «Conciliatore Lombardo», de Milán, preconizador de un romanticismo no contaminado por la *Sehnsucht* germánica y orientado hacia una norma de equilibrio y de realismo y hacia una valoración poética de la vida del mundo contemporáneo.

Fué principalmente en las páginas del citado periódico milanés donde se abrió paso la comprensión, llena de simpatía, de los valores de la espiritualidad española, con que los románticos italianos rectificaron la actitud de prevención y el desvío que hacia ella habían sentido las anteriores generaciones. Berchet escribe sobre la poesía española, en la que encontraba un hálito de modernidad muy aleccionador para la poesía italiana; Confalonieri da cuenta de sus impresiones de un viaje a España en plena agitación revolucionaria; Di Breme dedica una larga recensión a la «Historia de la Inquisición en España» de Llorente; Borsieri, en sus imaginarias «Cartas de un joven español acerca de su viaje a Salamanca y los estudios en aquella Universidad», halla un pretexto para hacer amargas reflexiones sobre el triste estado de su patria; Sismondi reacciona contra la vieja concepción de España, la presenta como la auténtica patria de la caballería y del sentimiento romántico, exalta su literatura, su arte medieval y su siglo de oro y descubre en ella un realismo y un sentido de actualidad que satisfacía a las exigencias de la literatura contemporánea. Del mayor interés son para los españoles las consideraciones que dedica Farinelli a la influencia de España y su literatura en la personalidad y en la obra de Manzoni y de Leopardi, de Carrer y de Prati, de Fóscolo y de Mazzini, autor este último de un opúsculo en francés en elogio del pueblo español, de su historia y del triunfo de su humanidad.

M a n u e l   D E   M O N T O L I U

## CONSIGNA

“El día 3 de Junio de 1937, el invicto general don EMILIO MOLA VIDAL, cayó en este lugar, víctima de un accidente derivado de su actividad en el mando y de su valor militante. Quien cien veces en su vida arrostró el peligro de la guerra con ánimo sereno y corazón levantado, vino a morir con las alas rotas, un día de niebla, sobre estas tierras que su nombre han hecho sagradas.”

(Inscripción del monumento en ALCOCERO DE MOLA.)

Ayuntamiento de Madrid



# EL P. LUIS COLOMA: Su vida en el siglo

## PRESENTACIÓN

La mañana del 16 de Marzo de 1869 despertaban los jerezanos del inquieto letargo que habían sufrido durante la noche. En el interior de cada casa, herméticamente cerradas puertas y ventanas, sus habitantes no se daban al sueño con esa paz que el espíritu necesita para entregarse, sino que oído alerta, al menor ruido del exterior esperaban que se reprodujeran los sucesos de la víspera.

Y efectivamente: el tiroteo que la tarde anterior había sostenido el pueblo con la tropa, parecía que iba a comenzar; porque apenas despuntaba el alba, varios paisanos se dispusieron a reconstruir las barricadas; la de Galván, la del Cerro Fuerte..., unos arrancaban las piedras de la calle y las lozas de las aceras para reforzar la improvisada muralla; otros acercaban las municiones que sacaban de una casa vecina y los más impulsivos echándose a la cara la carabina, esperaban impacientes, que se presentara el primer soldado para descargarla.

La hora de la reivindicación había sonado. Aquellos hombres del campo ventan calenturientos a unirse a los vecinos entusiastas de la idea. Era su lucha por la repartición de bienes. Por la de un truco de tenedores de capital.

Si vencían serían de su propiedad los coches lujosos, los briosos caballos, las casas solariegas, el recreo y el regalo de la vida, sin otra finalidad ulterior. Hasta las iglesias serían destruidas canto por canto, y las campanas no tañarían sus sonidos, y aquellas imágenes veneradas, no seguirían atemorizando las inteligencias. ¿Para qué presagios de castigos futuros que reducen nuestras costumbres a una estrecha moral? No habría más religión que la de la fraternidad de los hombres, ni más amor que el de la igualdad de los hombres. ¡Ah! pero, para aquellos hombres que habían sostenido el castigo de su nacimiento,... la religión de la fraternidad de los hombres y de la igualdad de los hombres no rezaría con ellos; porque ellos serían los que servirían la mesa, los que llevarían a pacentar el ganado, los que traerían al mercado los burros y a las carretas cargadas de provisiones.

De parecida manera el Padre Coloma. Me refiero al Lopijillo de Juan Miseria, cuando habla a sus camaradas desde el púlpito del convento, de aquel convento que habían sido expulsadas las religiosas unos días antes, y convertido, por entonces en Club Republicano.

«—Sí, ciudadanos federales,—dijo entre otras cosas,—la igualdad debe ser un hecho y si la tiranía ha conseguido dividir a la sociedad en clases, la idea republicana viene a devolver a cada hombre el cubierto en que en el gran banquete de la Naturaleza le corresponde de derecho.

—¡Anda que vamos a comé en un banquete!—exclamó un federal sonriendo de placer al oído de su vecino.

—«Nos tendremos que poné en cuclillas» (1)—respondió éste.»

Y en otro pasaje se dice en el diálogo de la Salamanca con su comadre Juanita Perdigones:

«—Y dígame Vd, señá Salamanca, ¿qué viene a ser eso de federal?

—Pues «federal» es lo mismo que «federal» y le llaman así «por mor» de D. Federico Rubio, el diputado por Sevilla.

—Pues yo —dijo señá Juanita Perdigones— ¡tengo el ángel más sucio y la suerte más negra que la conciencia de Judas! ¿Qué cree Vd. que me dijeron el otro día que le tocaba a mi marido? Pues la parroquia de San Miguel. ¿Y qué me hago yo con eso que ni pa bodega pué servirme?

(1) Adviértese que este cándido federal no da a la palabra banquete el significado de comida o festín, sino el de banco pequeño, que suele dársele en Andalucía.



Y dijo la Salamanca, complaciéndose en hacer rabiar a la envidiosa vecina:

—*A mí me toca la casa de Juan Benítez, el meico, y la viñita que está a la vera de mi cojumbra... aquí está el papé que lo canta.*»

Con esta manera de pensar, de gran parte del pueblo, lógicamente se explica que por aquellos días se vieran las calles poco transitadas de personas de clase acomodada y mucho menos, la plaza de la Cruz Vieja y calles adyacentes, donde tuvo lugar el teatro de la lucha que accidentalmente estamos describiendo.

Pues en la madrugada de aquel día funesto, obedeciendo a la voz de su conciencia que le mandaba auxiliar a los heridos que caían tras las barricadas, y cuya asistencia facultativa había sido negada por los muchos médicos, que entonces como ahora habían, cruzaban la Cruz Vieja, un caballero de bien portada y agradable figura, de unos sesenta años, acompañado de un joven de unos diez y ocho, de aspecto señorial, de alta estatura, frente ancha y despejada, de mirada viva y centelleante.

Caminaban seguros de sí mismo, muy unidos, agarrados fraternalmente del brazo, como dispuestos a servir de escudo, cada uno, de cualquier atropello que el otro pudiera ser víctima. Subían de la Cruz Vieja al Cerro Fuerte y ya muy cercanos a la entrada por la casa de Panés que hace esquina, vieron que se apoyaba en esta casa el extremo de una barricada que iba a concluir en la de enfrente, cerrando totalmente la calle.

Retrocedieron un paso, en esa indecisión primera de la persona, cuando halla un obstáculo, o se encuentra en el punto desconocido donde los caminos se cruzan, y decidieron dar la vuelta a la calle cuando los detuvo una voz, que llamó—Don Ramón, Don Ramón Coloma, pase usted que con usted no va nada.—

Correspondiendo a la deferencia se acercaron a la barricada, quitaron algunos cantos los revolucionarios para que pudieran pasar y cortésmente, sin palabras, descubriéndose los señores y los del pueblo se despidieron, simbolizando en aquel casual acercamiento que se rinde las armas y se derrumban las barricadas cuando el pobre y el rico se conocen, y se aman y se respetan sin reservas.

Sólo uno del centenar de hombres que allí había, preguntó:—Oye, tú... ¿quiénes son?

—¿No los conoces? Arrimao eres a la cola. El viejo es D. Ramón Coloma; el médico más campechano... y el joven es su hijo, el señorito Luis, que le da por la literatura.

M a n u e l C H A C Ó N

(Proseguirá)

## VOZ de la REVISTA

Al doctor en derecho NELLO ENRIQUEZ, que nos escribe desde MARSELLA, solicitando cambio de «CAUCES» con su publicación, le ofrecemos hoy, desde la tierra santa de España, nuestro saludo y el anuncio de nuestro envío regular.

A la editorial IBERO-AMERIKA-VERLAG, de Hamburgo, nuestra gratitud por el canje de su *Revista Alemana*.

Ayuntamiento de Madrid



# MI CARMELA

## Versión de Villaluenga del Rosario (Cádiz)

El romance de «Mi Carmela»—como los de «Marbella», «Doña Arbola», «Miraibella» entre los sefarditas—es, como se sabe, una variante del tema de la suegra perversa, tan difundido en la tradición oral española. Incompleta la versión que aquí damos, acaso en su mismo texto incompleto pueda encontrarse algo curioso. En efecto, el aparecer en él suprimido precisamente todo aquello que una exagerada y absurda preocupación moral pudiese estimar censurable, hace pensar que haya sido intencionadamente tachado, aun a trueque de sacrificar la auténtica expresión del romance. ¿Ha sucedido realmente así? Por lo pronto, es bien significativo que el fenómeno se repita en otras versiones de lugares próximos al pueblo donde hemos recogido ésta que publicamos. Unas veces se suprimen versos; otras, se modifican torpemente. Véase, por ejemplo, cómo comienza cierta versión de Grazalema, de las varias que de allí poseemos: «Carmela se paseaba—por una sala adelante,—«con un dolor de cabeza—que las sienes se le parten». La repetición del caso abona, pues, la suposición de un pretendido prurito de limpieza. Y otra curiosa particularidad. En los pueblos mencionados, se le suele añadir al romance de «Carmela», como final, un fragmento del de «La aparición» o «El palmero». La yuxtaposición resulta un poco extraña y violenta. Pero para el instinto popular de soldar romances diferentes, no hay nada, por lo visto, imposible. Para más detalles, compárese la versión que aquí damos con las publicadas por Menéndez y Pelayo (de Puebla de Cazalla y Burgo de Osma), «Antología de poetas líricos», t. X, págs. 191 y 221. Y con las varias que recogen José M.<sup>a</sup> de Cossío y Tomás Maza, «Romancero popular de la Montaña», t. I, pág. 275 y siguientes.

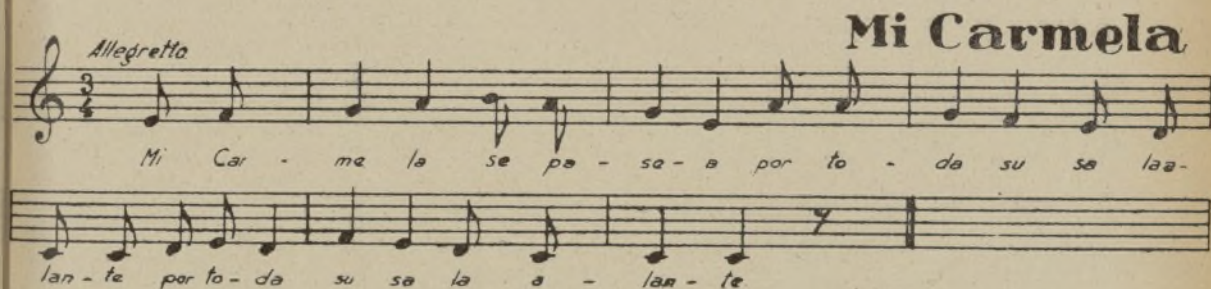
P. PÉREZ CLOTET

## MI CARMELA

Mi Carmela se pasea—por toda su sala «alante»;  
se asomaba a una ventana—donde suele de asomarse.  
—¡Ay, mi Dios, quién estuviera—en la sala en aquel valle,  
y por compañía tuviera—al buen Jesús y a mi madre!  
A la suegra que se entera—era digno de escucharle.  
—Toma la ropa, Carmela,—y anda vete con tu madre;  
a la noche vendrá Pedro,—y le daré de cenar,  
le sacaré ropa limpia—y le diré dónde estás.  
A la noche vino Pedro:—¿Mi Carmela, dónde está?  
—Tu Carmela con su madre;—que se ha portado muy mal;  
me ha tratado como bruja—hasta el último linaje.  
Monta Pedro en su caballo,—en busca de Carmen va;  
al entrar en el palacio—se encuentra con su compadre.  
—Dios lo guarde a usted, don Pedro;—ya tenemos un infante.  
—Del infante gozaremos;—de Carmela, Dios lo sabe.  
—Levántate, mi Carmela.—Y la montó por delante.  
Han andado siete leguas,—siete leguas sin hablarse.  
—¿No me hablas, mi Carmela?—¿Cómo quieres que te hable,  
si los pechos del caballo—van bañados en mi sangre?  
—Confésate, mi Carmela,—que yo se lo diré al padre,  
que detrás de aquella ermita—llevo intención de matarte.



Le dió siete puñaladas; — con una tenfa bastante.  
 Las campanas se doblaron, — los cementerios se abren.  
 —¿Quién se ha muerto, quién se ha muerto?— Carmela la de Olivares.  
 Contesta el niño chiquito, — con dos horas no cabales:  
 —No se ha muerto, no se ha muerto;— que la ha matado mi padre,  
 por un falso testimonio— que han llegado a levantarlo.  
 El cadáver de mi madre— los angeles lo levanten,  
 y a la bruja de mi abuela— siete demonios la arrastren.  
 Ya el niño no volvió a hablar— hasta sus días cabales.



La trascripción musical ha sido hecha por el maestro Alvarez Beigbeder.

NOTA. — Por error de impresión, en las medidas 13 y 17 falta el becuadro de sol; es por consiguiente sol natural.

## Antena Literaria

Carlos M. del Valle-Inclán y Blanco, hijo del ilustre D. Ramón del Valle-Inclán—por quien tan honda y filial devoción sentimos en CAUCES—prepara, con la lentitud que la empresa requiere, una biografía del autor insigne de las cuatro «Sonatas», que por venir de sus manos, ha de tener el interés, la precisión y el estilo, de un verdadero «libro de horas» en derredor poético de su vida.

Benjamín Ramos García ha publicado ya su libro «Rosiclères de Paz». Al anunciarlo en esta «Antena», hacemos constar también que por estar el ejemplar recibido en nuestra sección fotográfica, aplazamos hasta el próximo la publicación de nuestra crónica acerca de la obra.

Felippo Caparelli ha publicado un libro: «Civiltà italiana in Tunisia». Caparelli, Secretario General de la organización «Dante Alighieri», contribuye con su nueva obra a demostrar ante el mundo, con fundamentos históricos, el predominio y la razón de vitalidad que Italia posee en Túnez.

Rafael Olivares Figueroa, uno de los sólidos puntales de «Ardor», la antigua y extinguida revista cordobesa, prepara en su residencia de Venezuela, una antología de poemas infantiles.

En el último número recibido de la Revista literaria «Latina» de Roma, publica, en tres idiomas, un inspiradísimo trabajo con el título «Constante heroica en la literatura española», el ilustre catedrático Gerardo Diego, autor de la selecta antología poética contemporánea.

Se ha conmemorado el 25 del pasado Marzo, el 25 aniversario de la muerte del gran poeta Federico Mistral, genio latino, que labró su poesía en Maillane, en su casa del Lèzaad.



# BIBLIOGRAFÍA

POR

LUIS DE BARJA



«HORIZONTE:» Número excepcional: editado por «Romley» en Sevilla, la Ciudad de la Gracia, en el año de la Victoria.—La revista que dirige «Romley» continúa el rumbo trazado desde su salida. No sólo la técnica se ofrece nuevamente ante nuestros ojos, con una limpia corrección en tipos, fotografías y textos, sino la lectura, seleccionada con un ánimo de buena atracción familiar. Nada puede decirse que no esté afirmado ya, tratándose del estilo emprendedor y artístico de «Romley», cuya mano se ve en el trazo de cada página, de cada figura. Colaboran en este número, Diego Romero, Camacho Carrasco, Adriano del Valle, «Romley», Agustín de Figueroa, Tomás Borrás, José María Pemán y otros valores no menos destacados. Con la fotografía—espléndida como suya—nos obsequia esta vez, Paniagua, el autor selecto de «Las XII», luminosa evocación del mediodía, publicada en esta Revista. La cubierta, obra personalísima del Director de la Revista (y que

pueden admirar nuestros lectores en la efigie que al margen se publica) está impresa en los talleres «Jerez Industrial» con el arte que acostumbra.

HORIZONTE, es una de las publicaciones de más volumen y amplitud publicitaria que hemos conocido.



«WELT DIENFT» (Servicio mundial).—Frankfurt.—Mayo.—1939.

Hemos recibido uno de los últimos cuadernos informativos de esta interesante publicación alemana, destinada a señalar las propagandas del judaísmo internacional, en todos sus esferas, y los libros que contrarrestan aquélla. La obra, de admirable contenido y alto criterio en la crítica, presta un indudable servicio a los valores perdurables de Europa, amenazados, desde siempre, por la ola de la habilidad enguantada del poder del oro judío. Entre los muchos trabajos que se enumeran en el Sumario fotografiado, destaca el homenaje últimamente ofrecido a los señores Roosevelt, en los E. E. U. U., muy digno de tenerse en cuenta después de tantos mensajes pacifistas como desde su cetro bancario nos envían.

SERVICIO MUNDIAL, editado en alemán, francés, italiano, inglés y español, es una publicación necesaria en esta hora en que es preciso despejar actuaciones y señalar derroteros. Agradecemos, por ello, su envío a los editores de Frankfurt, con quienes ya hace tiempo tenemos establecido el intercambio.



# Asociación de Armadores de Buques de Pesca

---

## DE CÁDIZ

---

Desenvuelve todas sus actividades  
-- en régimen cooperativo puro. --

Rafael de la Viesca, 4.



TELÉFONOS 2606  
2553

C A D I Z

---

MANUEL FERNANDEZ Y C.<sup>A</sup>, S. L.

ESPECIALIDADES AMONTILLADO VICTORIA -- COÑAC PLUS ULTRA  
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

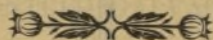
---

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica.



Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8. - Teléfono 1928

Ayuntamiento de Madrid



**FERMIN  
ZAPATA**



**SEGUROS  
GENERALES**

Mateos Gago, 38.

Rodrigo Caro, 1.

Teléfono 21792

**SEVILLA**

**Conca Hermanos, S. A.**

CASA CENTRAL:

**BENEJAMA (Alicante)**

Aceites Orujo - Vinos y Aceitunas



SUCURSALES:

MANZANARES (Ciudad Real)

ROCIANA (Huelva)



Alcoholes rectificados : Vinos  
- Mistelas y Concentrados. -

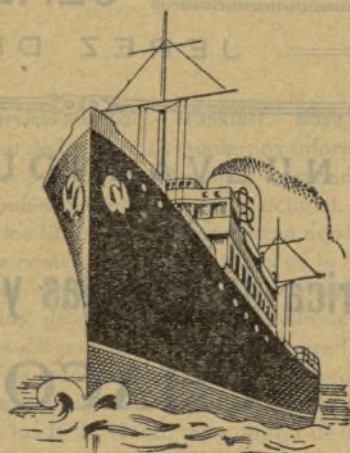
**Miguel Martínez de Pinillos**

**CADIZ**

Servicios regulares de Motores-Fruteros de Canarias para el Norte y Levante de la Península. :. Línea de Cabotaje y Gran Cabotaje.

**Dirección de la Empresa:**

Plaza Generalísimo Franco, 6.-CADIZ



**GROSSO Y C.<sup>A</sup>**  
CONSIGNATARIOS DE BUQUES

**Apartado 38  
Teléfono 2329**

**CADIZ**



# DE NUESTRO PRÓXIMO INDICE

|  |                                    |
|--|------------------------------------|
| EL P. COLOMA: Su vida en el siglo (continuación) . | <i>Manuel Chacón.</i>              |
| SANTIAGO, POR ESPAÑA . . . . .                     | <i>Jesús de las Cuevas.</i>        |
| EL REY TOTEM. . . . .                              | <i>José María Pemán.</i>           |
| ESTUDIANTE COLONIAL . . . . .                      | <i>F. Gómez de Travededo.</i>      |
| CARTA A DON ZOILO (dibujos del autor). . . .       | <i>Juan Miranda.</i>               |
| SONETOS DEL ALBA. . . . .                          | <i>Francisco Montero Galvache.</i> |

## OTROS TRABAJOS DE:

JOSÉ DE LAS CUEVAS

P. SALGADO

SANZ Y DÍAZ

PÉREZ CLOTET

## FOTOS DE:

PÉREZ SOLERO

E. DEL PINO

## EDITORES:

Francisco MONTERO GALVACHE

José María HERNÁNDEZ - RUBIO

y Pedro MONTERO GALVACHE

Queipo de Llano, 38.

Jerez (Cádiz) ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



